

NOVISIMA





LIBRERIA
NOVÍSSIMA
GEOGRAFIA
UNIVERSAL

ENCICLOPEDIA



LIBRERIA

TOMO IV

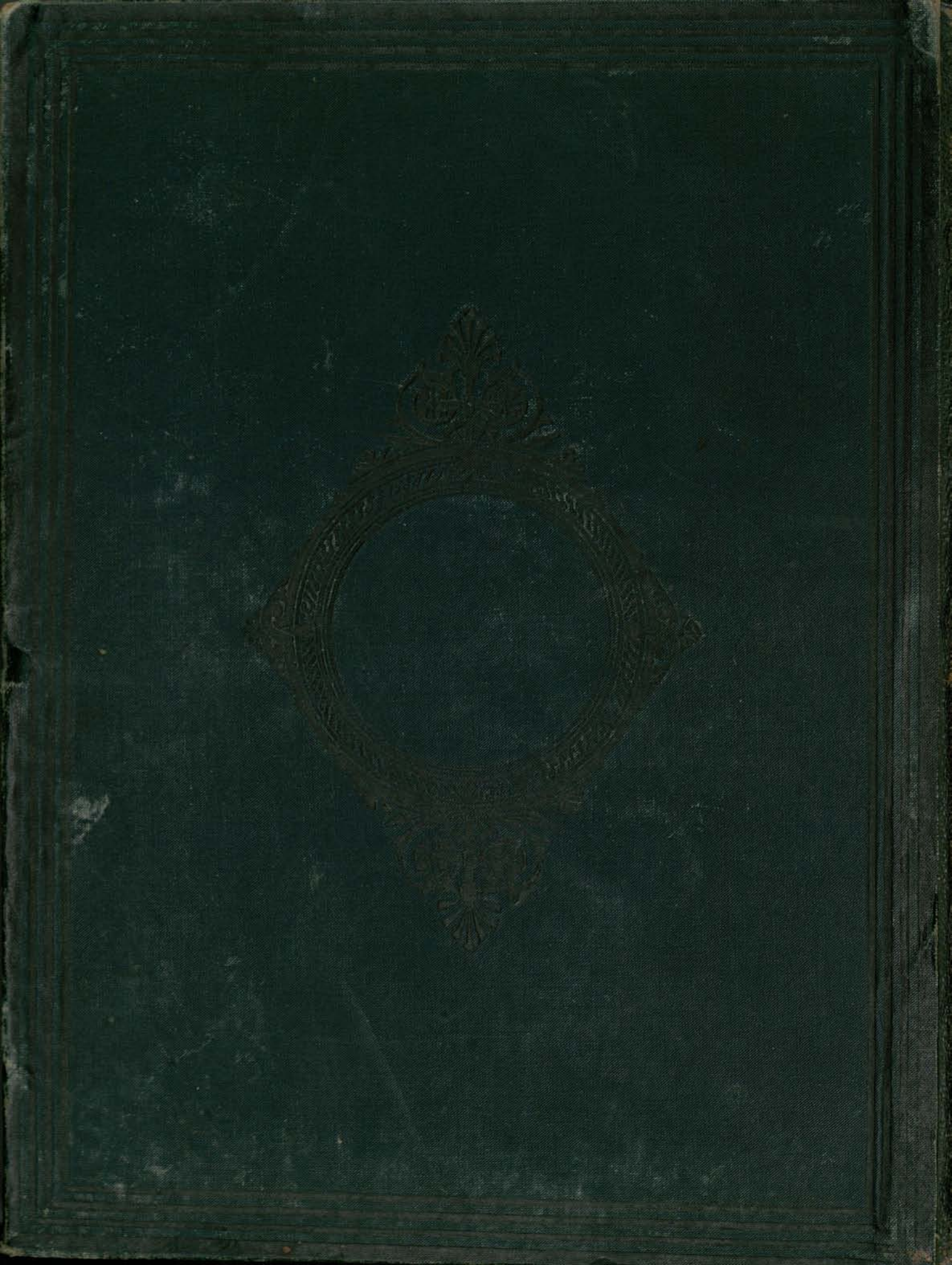
ENCICLOPEDIA



F D

SALVATELLA
BARCELONA







A-2690/4

R.133878

NOVISIMA

GEOGRAFIA UNIVERSAL





IMPERIO DE ALEMANIA





NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

Ordenada á la vista de las descripciones y narraciones de los descubridores, geógrafos y viajeros

AMÉRICO, BEAUDAIN, BEECHEY, BRUCKHARDT, CABOT, CAMERON, CLAPERTON,
COLON, COOK, CORTEMBERT, CHARDIN, DUMONT
D'URVILLE, DUPERREY, GREGOIRE, HUC, HUMBOLDT, KRUSENSTERN, LANDER,
LAVALLÉE, LEICHHARDT, LIVINGSTONE, MAGALLANES,

MALTE-BRUN

MAURY, NÚÑEZ DE BALBOA, ORBRIGNI, PARKINS, PALLAS, PENN, SAINT-MARTIN,
STANLEY, TOPINARD Y VASCO DE GAMA

COMPLETADA CON LOS MÁS RECIENTES DATOS DE ESTADÍSTICA OFICIAL

POR

R. DE LL.

*Edición ilustrada con verdadera profusión de grabados, mapas iluminados y cromolitografías, representando montes
valles, grutas, volcanes, rentisqueros, cascadas, rios, mares, tipos, costumbres y monumentos
por los artistas españoles*

Alabern, Busquets y V. del, Casals, Gil, González, Jorba, LABARTA, Sala, Serra y Vázquez

TOMO CUARTO y último

ACONTECIMIENTOS GEOGRÁFICOS MODERNOS

*Relación de las exploraciones, viajes y descubrimientos más notables
que se realizaron en los últimos años,
y que son indispensables para el completo conocimiento de la ciencia geográfica*

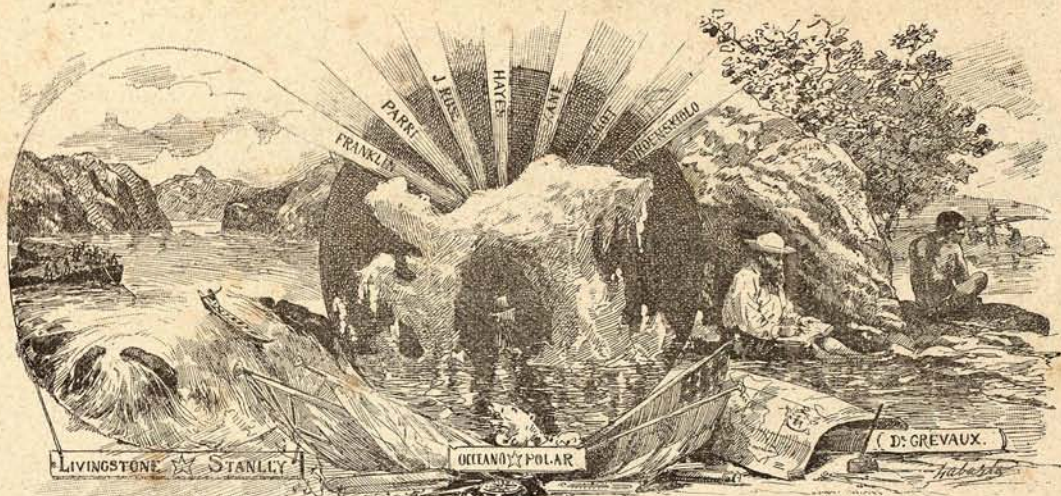
BARCELONA

RAFAEL SALVATELLA, EDITOR

NUEVA DE SAN FRANCISCO, 11 Y 13

1888





NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

LIBRO DECIMO QUINTO

VIAJE DE STANLEY AL CENTRO DEL AFRICA

EN BUSCA DEL DOCTOR LIVINGSTONE

CAPÍTULO PRIMERO

PREPARATIVOS DE VIAJE.—LLEGADA Á ZANZIBAR.—PRIMERAS IMPRESIONES ACERCA DE LAS DIFICULTADES DE LA EMPRESA.



GN la Historia de la Geografía Moderna no hay acontecimiento tan grande é interesante como el que se revela en la dramática relación de aquellas jornadas penosas en que el célebre viajero norteamericano, arrojando los mayores obstáculos que pueden oponer la naturaleza y los hombres, con una abnegación y un heroísmo que recuerdan los de nuestros famosos exploradores de los siglos XVI y XVII, cruza el centro del África en busca de Livingstone, otra figura al nivel de la suya, y logra encontrarle cuando toda Europa le tenía ya por perdido, resolviendo juntos uno de los problemas más importantes de la ciencia geográfica.

Oigamos al mismo Stanley:

«El día 16 de Octubre de 1869, á eso de las diez de la mañana, me presentó un criado, en mi casa de la calle de la Cruz, en Madrid, un telegrama expedido por Mr. James Gordon Bennet, director del *New-York-Herald*, de quien era yo corresponsal. Rasgué el sobre y leí lo que sigue: «Volved á Paris, asunto importante.»

Dos horas después tenía ya guardados mis libros y papeles, cerrada la maleta y todo, en fin, dispuesto para partir. El tren correo no salía hasta las tres, y me quedaba todavía algún tiempo disponible, el cual aproveché para despedirme de mis amigos.

A la citada hora me hallaba ya en camino; pero obligado á detenerme en Bayona, no pude realizar aque corto viaje tan pronto como deseara.

Al llegar á París, me dirigí al Gran Hotel, donde á la sazón se alojaba el director del *New-York Herald*; llamé á su puerta; y contestó una voz:

—Entrad.

*
**

Mr. Benne estaba ya recojido; pero envolviéndose en su bata, me preguntó vivamente:

—¿Quién sois?

—Stanley.

—¡Ah! ya sé; sentaos; se trata de confiar una misión importante. ¿Dónde creéis que se encuentra Livingstone?

—A la verdad nada puedo deciros, señor mio.

—Sospecháis que ha muerto?

—Posible es que sí; tal vez no.

—Pues yo creo que está vivo y que podrá encontrárselo; os envío en su busca.

—¿Al centro del África? ¿es vuestra intención que emprenda semejante viaje?

—Sí; deseo que partais, que encontréis á Livingstone, y nos traigais de él cuantas noticias os sea dado recoger; y..... ¡quién sabe!.... quizás se halle muy necesitado el infatigable viajero. Llevaos todo lo que le pueda serle útil, guiado por vuestras propias ideas. Haced, en fin, lo que mejor os acomode, pero encontrad á Livingstone.

—¿Y habeis meditado en los gastos que este viaje produciría?

—¿Cuánto imagináis que cuesta?

—Burton y Speke gastaron de tres á cinco mil libras, y yo temo que se necesitarán al menos dos mil quinientas para emprender la expedición que me proponéis.

—¡Pues bien! hé aquí lo que debeis hacer: tomad ahora mil libras; cuando estén gastadas, girad una letra por otras mil, y luego una tercera, y así sucesivamente; pero encontrad á Livingstone.

—¿Debo marchar directamente en su busca?

—No; ántes asistiréis á la inauguración del Canal de Suez, y desde allí remontareis el Nilo: he oído decir que Baker se dirige hácia el alto del Egipto, y por lo tanto convendrá que os informéis lo mejor posible acerca de su expedición. Al remontar el rio haced una descripción de todo cuanto haya más interesante para los viajeros aficionados, y formadnos una guía bien práctica en la que se dé á conocer lo que merece ser visto, y la manera de verlo. Terminada esta primera parte de vuestra misión, bueno será que vayais á Jerusalem, pues he oído decir que el capitán Warren practica allí descubrimientos de la mayor importancia; después pasareis á Constantinopla, á fin de informaros de las disensiones que existen entre el khedive y el sultan. Pasando por Crimea, visitad los campos de batalla y dirigios en seguida al Cáucaso hasta el mar Cáspio; asegúrase que se proyecta allí una expedición rusa que debe dirigirse á Kiva. Marchareis después á la India cruzando por Persia; en Persépolis podreis escribir una carta interesante. Bagdad está en vuestro camino; enviadnos alguna cosa por la vía férrea del valle del Eufrates; y cuando llegueis á la India, embarcaos allí para ir á reuniros con Livingstone. Y ahora, amigo mio, buenas noches; pasadlo bien; y que Dios sea con vos!

*
**

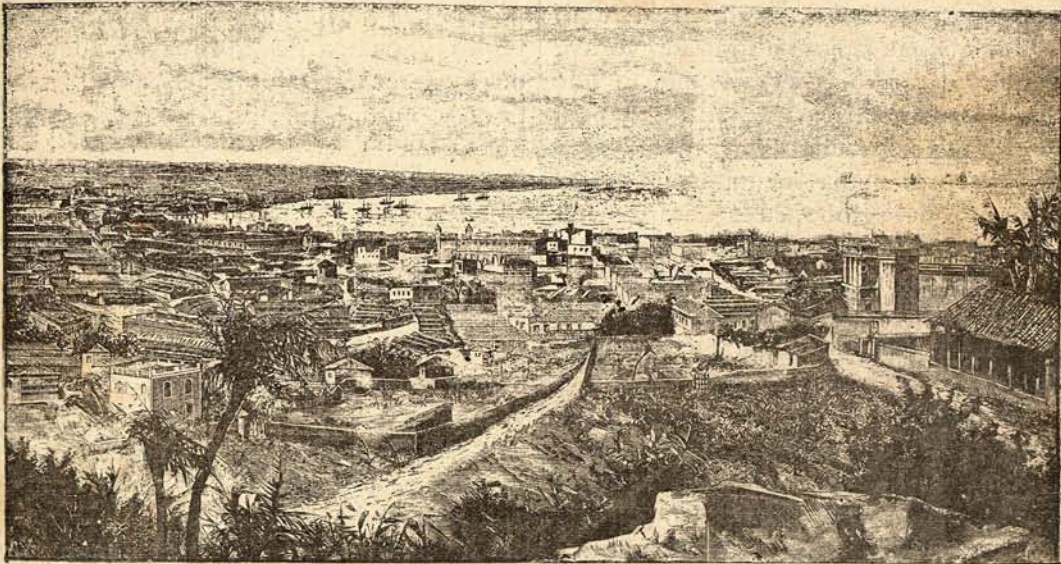
Nada había que replicar; al día siguiente partí para Egipto, donde tuve noticias de Baker por el ingeniero mecánico

de la expedición, y sin detenerme apenas continué el camino.

Después de hablar en Jerusalen con el capitán Warren, examiné allí los trabajos de los obreros de Tiro en las fundiciones del templo de Salomón; visité las mezquitas de Estambul; comí en Odesa con la viuda del general Leprandi; recorrí la Crimea; ví á Palgrave en Trebisonda, y el barón Nicolay en Tiflis; alojéme en casa del embajador ruso en Teheran, y después de haberséme dis-

pensado en toda la Persia la mejor acogida por los socios de la compañía del telégrafo indo-europeo, inscribí mi nombre en uno de los monumentos de Persépolis. Por último, llegué á la India en el mes de Agosto de 1870.

Embarcándome en Bombay en 11 de Octubre á bordo de la «Polly,» que era muy poco velera, necesité treinta y siete días para llegar á la isla Mauricio. El contraestre de aquel buque era un escocés llamado Lorenzo Farguhar; pare-



ZANZIBAR

cí muy buen marino, y juzgué que semejante hombre no podía menos de serme muy útil; le contraté pues.

Desde la isla Mauricio me fué necesario trasladarme á las Schelles, donde volví á embarcarme á los cuatro días con Farguhar y el fiel Selim, jóven árabe cristiano á quien tomé á mi servicio como intérprete en Jerusalen.

Por último, el 6 de Enero de 1871, llegué á Zanzibar, donde encontré la más cordial hospitalidad en casa del capitán

Francisco Webb, cónsul de los Estados Unidos. Si este caballero no me hubiera prestado tan eminente servicio, me habría sido preciso alojarme en casa de Mr. Charlet, un francés de nariz aguileña y en extremo original, muy conocido en toda la isla por su afición á dar albergue á los que se van ó llegan y carecen de recursos: hombre excéntrico, cuya bondad se manifiesta de continuo, disimulándose bajo una ceñuda frente. Sin Mr. Charlet, no tenia otro remedio que

plantar mi tienda en la playa de aquella isla tropical, lo cual, á la verdad, no me hubiera hecho mucha gracia.

Zanzibar es una de las islas más ricas del Océano índico, acerca de la cual tenía yo formada una idea muy distinta de lo que es en realidad. Representábamela como un banco de arena, sembrado de uno ó dos pequeños oasis; como un pedazo del Sahara rodeado por el agua del mar, foco de la fiebre, del cólera y de males sin cuento; con un pueblo de negros ignorantes, cuyo aspecto recordaba el del gorila, y que estaban gobernados por un árabe despótico y brutal.

¿Por qué me la habría figurado yo así? No me lo explico. Cierito es que lo que había leído en artículos y libros acerca de esta isla no la era desfavorable; pero me la representaba mentalmente como un punto del globo, cuya desaparición hubiera sido para el mundo un verdadero beneficio. Creo, aunque no lo aseguro, que me sugirió esta idea, así como otras muchas singulares, el *Viaje á los grandes lagos*, del Capitan Burton.

Aunque perfectamente escrito y muy verídico, hay en las páginas de este libro un fondo de amargura, que sin duda me contagié, pues cuando las leí, sentíme arrastrado mentalmente á la funesta region de las fiebres eternas. Pero ¡saludemos á la aurora que disipa los temores de una noche de insomnio! Saludemos á la fértil ribera que nos dice: «Espera, las cosas son pocas veces tan malas como las pintan».

Zanzibar aparece á la vista del viajero como la mas bella de las perlas oceánicas; acá y allá se elevan colinas de suaves contornos que bordean la orilla; y á intervalos se divisan varios espacios sombríos, que indican donde pueden preservarse los habitantes de los ardores del sol. Excepto en una faja de arena, bañada por un agua de color verde amarillento, toda

la isla parece cubierta por un manto de verdura.

Varios daous, ó barcas árabes, henchidas las velas, surcan continuamente el canal: hácia el Sur se destacan los mástiles de algunos buques; en el Levante se agrupan numerosas casas blancas de tejado plano; aquí está la capital de la isla, ciudad compacta y bastante grande, que ofrece todos los caracteres de la arquitectura árabe.

En algunas de las mayores casas del muelle flota la bandera roja del sultan, y las de los diversos consulados. En el puerto hay cinco buques de guerra, uno inglés y cuatro de Zanzibar; y además ocho mercantes, dos americanos, uno francés, uno portugués, dos ingleses y dos alemanes.

*
**

Lo primero que hice fué recorrer la ciudad; durante mi excursión ví en general calles tortuosas, casas blanqueadas, hombres con grandes turbantes rojos, que vestían principalmente trages de algodón, de telas rayadas y á cuadros; ví tambien oscuros almacenes llenos de algodón en bruto, de objetos de alfarería, de clavos, útiles y toda clase de mercancías comunes. Esto, en cuanto al barrio de los banianos. Por lo que hace al de los negros, conservo el recuerdo de cabezas lanosas y cuerpos humeantes, negros ó amarillos, sentados á la puerta de miserables chozas; allí reían los hombres, charlaban, disputábanse, ó vendían sus géneros gritando á voz en cuello; el aire tenía un olor penetrante, que parecía un compuesto de efluvios de cuero, de pez, de grava, de restos vegetales, y no sé que otras cosas.

Tambien recuerdo haber visto grandes casas de aspecto sólido, con tejados planos, grandes puertas esculpidas y enor-

mes llamadores de bronce; había allí varios hombres sentados con las piernas cruzadas, que parecían acechar la entrada de la casa del amo. A cierta distancia se divisaba un profundo brazo de mar, cubierto de canoas y embarcaciones árabes; visité una plaza llamada de Nazi-Moya, donde los europeos acuden por la tarde con paso lánguido para ir á respi-

rar la brisa del mar; en aquel mismo sitio se ven tumbas de marinos que fueron á morir allí. También hay un gran edificio habitado por el doctor Tozer, obispo del Africa central; una escuela y mil otras cosas, imágenes confusas en que apenas se distingue á los árabes de los africanos, á los africanos de los banianos, y á estos de los europeos.

CAPITULO SEGUNDO

COMERCIO DE ZANZIBAR.—EXPORTACIONES É IMPORTACIONES.—LOS TRAFICANTES.
—LAS CLASES LABORIOSAS.—POBLACIÓN.—ARÁBES, BANIANOS É INDOS.—REGALO AL DOCTOR KIRK.—REUNION EN EL CONSULADO BRITÁNICO.—CONFERENCIA CON EL CÓNsul.—ABATIMIENTO.—RESOLUCION.



ZANZIBAR es el Bagdad, el Ispahan, el Estambul del Africa oriental; es el gran mercado donde se acumula el marfil y el copal, las pieles, las maderas preciosas y los esclavos de aquella región; allí es donde se llevan, para venderlas en otros puntos, las negras bellezas del Ouhiyon, del Ougindo, del Ougogo, de la tierra de la Luna y del país de los Gallas. En Zanzibar se vende además pimienta, sésamo y aceite de coco. El valor de su exportación se calcula en quince millones de francos, y el de la importación en diez y siete y medio.

Todo aquel comercio es monopolio de

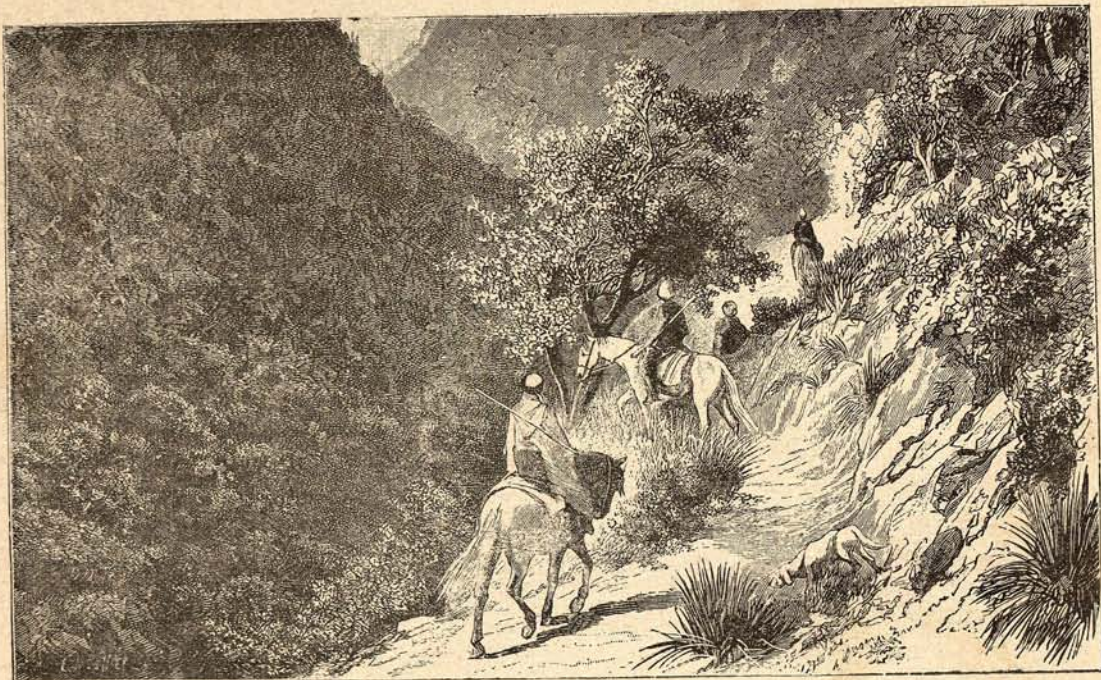
tres clases de individuos: los árabes de Mascate, los banianos y los indos musulmanes, que representan á la clase superior y á la clase media; á ellos es á quienes pertenecen las tierras, los almacenes, los buques, la fortuna y la autoridad. Las clases laboriosas se componen de africanos, esclavos ú hombres libres, y constituyen próximamente las dos terceras partes de la población, que puede evaluarse en doscientas mil almas, de las cuales habitan la ciudad cerca de cien mil.

Casi todos los árabes viajan, y ellos son los que van á buscar el marfil. Con la relación de sus aventuras podrían lle-

narse volúmenes, que abundarían en palpitantes relatos. Esos hombres deben á los obstáculos vencidos y á los peligros á que se exponen ese aire de resolución y de confianza en sí mismos que no carece de cierta grandeza.

El baniano es traficante desde que na-

ce, si tal podemos decir; el dinero aflu-ye en sus bolsillos tan naturalmente como el agua baja por una rápida corriente; aventaja por su genio comercial al mismo hebreo: junto á él el árabe es un niño, y no aseguraría que no rivaliza en astucia y maligna rapacidad con el mismo indo.



TRAFICANTES ÁRABES

Me he preguntado muchas veces cuál de los dos se llevaría en este punto la palma, y confieso que he vacilado mucho antes de dársela á los banianos. Con estos hombres era con quienes iba yo á tratar.

Quise ante todo ver al doctor Kirk, quien representaba comercial y políticamente á la gran Bretaña; ha sido además compañero de Livingstone, y pensé que si alguno podía darme noticias del ilustre viajero sería seguramente su cónsul y amigo.

Mr. Webb fué quien me presentó al

doctor: era un hombre flaco, ligeramente encorvado, de cara enjuta y cabellos negros como la barba. Al oír mi nombre, alzó lentamente los párpados y dirigióme una mirada de asombro. La conversación giró sobre diversos asuntos: el semblante del doctor, del cual no separaba yo la vista, no se animó hasta el momento de hablar de sus partidas de caza; y como no se dijo una palabra de lo que más me interesaba hube de esperar al martes siguiente para interrogar al doctor,

*
* *

Ninguna noche me había parecido tan triste; pero Mr. Kirk, compadecido sin duda de mí, vino á enseñarme un magnífico rifle para la caza del elefante, y quiso referirme algunos episodios de sus viajes con Livingstone.

—A propósito, le dije, ¿dónde creéis que se halla ahora mi compatriota?

—Difícil sería contestaros; acaso haya muerto, pues ya han trascurrido dos años sin que tengamos noticias suyas. Continuamente se le envían diferentes cosas; y aun en este momento se halla en Bagameyo una cavarana que debía reunirse con él. Ya era justo que volviese, pues debe estar muy viejo, y si muriera se perderían sus descubrimientos. El no redacta un diario; rara vez apunta sus observaciones, limitándose á poner en una carta una simple nota ó señal que nadie entiende, y así no se podrá sacar nada en limpio (1).

—¿Qué clase de hombre es? pregunté yo, vivamente interesado.

—A primera vista parece bastante excéntrico, y aunque personalmente no me haya dado jamás ningun motivo de queja, le he visto muy á menudo arrebatarse contra los demás, lo cual proviene pro-

bablemente, ó á lo menos lo presumo así de que aborrece la compañía.

—Pero suponed que yo le encuentre en mis viajes, lo cual, despues de todo, no sería imposible: ¿cuál podría ser su conducta conmigo?

—A decir verdad, dudo que se alegrara: sé muy bien que si Burtón, ó Grant, ó Baker, fueran á su encuentro y llegase á saberlo él, no tardaría en interponer un centenar de millas de distancia entre su persona y aquellos exploradores. En cuanto á esto, estoy perfectamente seguro de ello.

Inútil me parece decir el efecto que produjeron en mí semejantes informes; sentí cierto abatimiento; y de buena gana hubiera resignado mi comisión á no mediar la orden terminante que se me había dado.

Sin embargo, cuando yo había consentido en buscar á Livingstone, no ignoraba que el sendero que debía recorrer no estaba cubierto de rosas. Una vez aceptada por mí la orden perentoria, aunque hubiese tenido la seguridad de ser rechazado como un intruso, como un rival ó un hombre que se mezcla en lo que no le importa, no por eso debía menos buscar al doctor, encontrarle si estaba vivo, ó traer la prueba de que había dejado de existir; este era mi deber, y tenía la firme voluntad de cumplirle.

(1) Como se verá despues, este aserto del Dr. Kirk no era fundado.

CAPÍTULO TERCERO

PROBLEMA.—SOLUCIÓN.—TELAS, CRISTALERÍA É HILOS DE METAL.—REGATEO.—JUAN SHAW.—FARQUHAR.—ORGANIZACIÓN DE LA ESCOLTA.—BARCAS.—CARRETA.—BAGAJES.—FALTA DE NUMERARIO.—DESPEDIDA.—MARCHA.

IGNORABA por completo lo que era necesario para emprender una expedición al interior de África, y pasé la noche entera haciéndome las siguientes preguntas: ¿Qué cantidad de dinero se necesita? ¿Cuántos soldados? Así llamaba yo á los negros libres, naturales de Zanzibar, ó á los esclavos que han llegado á serlo, y que constituyen la escolta de los viajeros, nombrándose á sí mismos *askari*, palabra india que significa soldado. ¿Cuánto lienzo, objetos de vidrio é hilo de latón? ¿Qué género de telas? Á todas estas preguntas, hablando francamente, no lograba darme contestación.

Llené de guarismos varias manos de papel, para calcular cuánto costaría el material de cien hombres al año, y la compra de telas de diferentes clases.

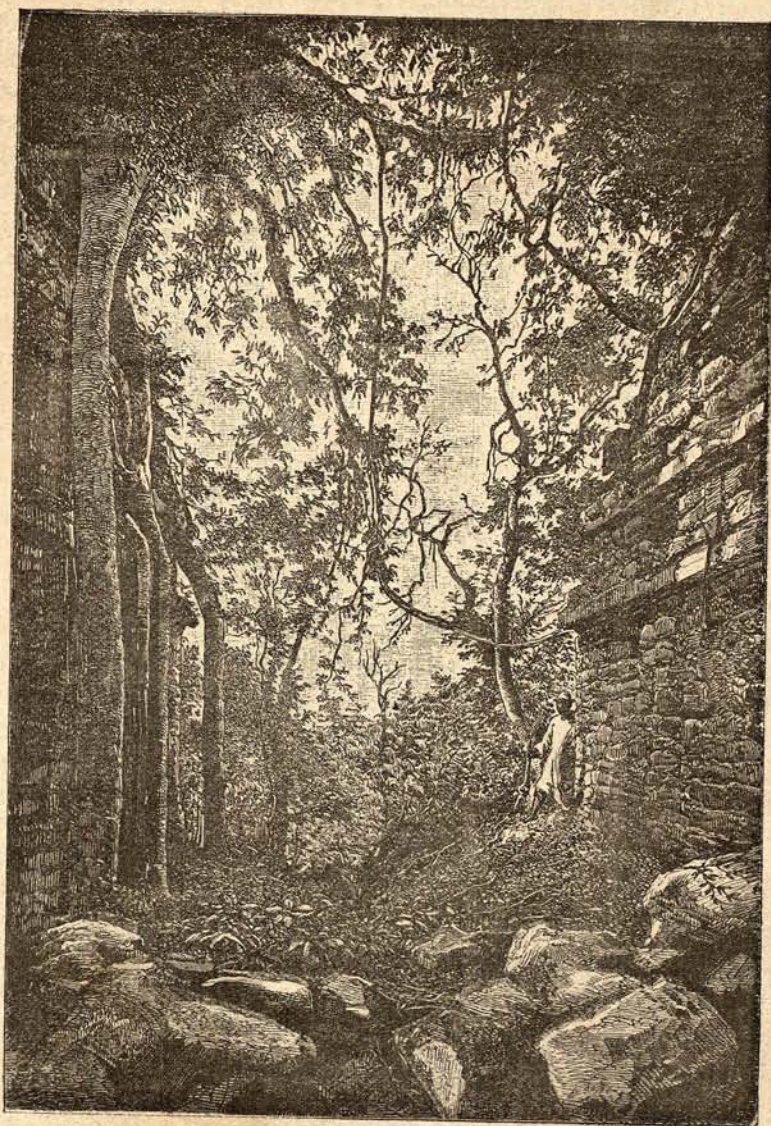
Recorriendo las páginas de Burton, Speke y Grant, encontré en ellas mucha geografía, etnografía, etc., pero ni el menor dato acerca de la organización de una caravana. Los europeos que veía no estaban mejor enterados que yo; cierto es que tampoco era este asunto que les importase.

*
**

Dirigíme por fin á un árabe, hombre rico y de buena posición, que precisamente llegaba del interior, y en cuya casa se reunían los principales negociantes de la ciudad. Entónces supé que para tomar á mi servicio cien hombres necesitaba diariamente diez *doti*, ó sea cuarenta varas de lienzo, lo cual me representaba para dos años una cifra de cincuenta mil varas de diversas telas.

Necesitábanse además abalorios ó cuentas de vidrio, que es la moneda corriente en varias provincias, sin que en ellas sean los gustos iguales, pues miéntras una tribu los quiere blancos, exígelos la otra pardos ó verdes; en Ounyamonerí, por ejemplo, se aprecian mucho las cuentas rojas, y en Ongoyo las negras, que son rechazadas en todos los demás puntos. Burton se vió precisado á tirar por inútiles algunos millares, porque nadie las quiso á ningun precio.

Era preciso estudiar la cuestión y estudiarla muy de cerca, calculando el tiempo probable que se invertiría en cada punto. Mi ansiedad sobre el particular era extremada; repetíame constantemente los nombres de los objetos y de las medidas, nombres bárbaros que es-



UN BOSQUE DE AFRICA

peraba comprender al fin, y que me sacaban de mis casillas. Calculé por último que bastarían veinte y cinco mil hilos de cuentas ó perlas, tomando de ellas once variedades.

En la zona donde yo iba á entrar, las cuentas de vidrio sustituyen á la moneda de cobre; las telas á la de plata, y el hilo

de latón, más allá del Tangamka, representa la moneda de oro.

Con mucho trabajo pude averiguar que los números 5 y 6, ó sea casi el grueso de los hilos telegráficos, eran los más convenientes, y que con trescientas cincuenta libras de este precioso hilo, tendría sobradamente todo lo necesario.

Verificadas las compras, inspeccioné, no sin cierto orgullo, los fardos alineados en los vastos almacenes del cónsul. No había hecho más sin embargo que comenzar mi tarea; faltábanme todavía provisiones de boca, utensilios de cocina, sacos, tiendas de campaña, cuerdas, asnos con su equipo, lienzo, pez, agujas, útiles, armas, municiones, medicamentos y una infinidad de cosas que aun no había comprado.

*
* * *

Fué para mí una prueba cruel tener que regatear con aquellos traficantes sin corazón: por los asnos, de los cuales compré veinte y dos, me pidieron á razón de doscientos y doscientos cincuenta francos cada uno, cediéndomelos por fin á setenta y cinco y ciento; pero nadie podrá imaginar cuanto fué necesario discutir para dar por cerrada la venta. Hasta para comprar alfileres había de perderse el tiempo y la paciencia de este modo tan lastimoso.

Reunidos los asnos, ví despues que en toda la ciudad no se encontraba una sola albarda de venta, de modo que fué preciso confeccionarlas, lo cual hicimos Farquhar y yo con cuerda y lienzo, tomando por modelo aquella de que había hecho uso el ejército inglés en Abisinia.

Precisamente entónces se presentó á mí un tal Juan Shaw, natural de Londres, y tercer contramaestre en un buque americano; ofrecióme respetuosamente sus servicios; y aunque su marcha del buque me pareció algo sospechosa, como yo no tenía razón para rehusarlos, y se trataba de un hombre diestro que sabía manejar tan hábilmente la aguja como dirigir un barco, contratéle por mil quinientos francos.

En cuanto á Farquhar, excelente marino, y muy fuerte en matemáticas, era

además un hombre vigoroso, enérgico y de buen natural; pero desgraciadamente tenía la costumbre de emborracharse, y la vida licenciosa que practicaba en Zanzibar debía serle fatal muy pronto.

Hechas mis adquisiciones, faltábame ya solo contratar veinte hombres para la escolta, armarlos y equiparlos: Johari, el intérprete del consulado, me habló de algunos de los compañeros de Speke, y parecióme de muy buen augurio llevar en mi compañía gentes familiarizadas con las costumbres europeas, que acaso buscarían otros compañeros que les siguiesen: pensé sobre todo en Bombay que era el fiel de los fieles.

*
* *

Auxiliado por Johari, conseguí á las pocas horas que me prestara sus servicios un tal Ouledi, antiguo criado de Grant, Oulimengo, Barati, Mabrouki, el servidor de Burton, y Ambari; todos estos cinco habían formado parte de la escolta de Speke. Bombay, á quien nombré capitán, me proporcionó además otros diez y ocho voluntarios, asegurándome que no desertarían, y que respondía de ellos. Todos eran muy buenos mozos, distinguiéndose por un aire de inteligencia que no hubiera esperado encontrar en unos africanos salvajes.

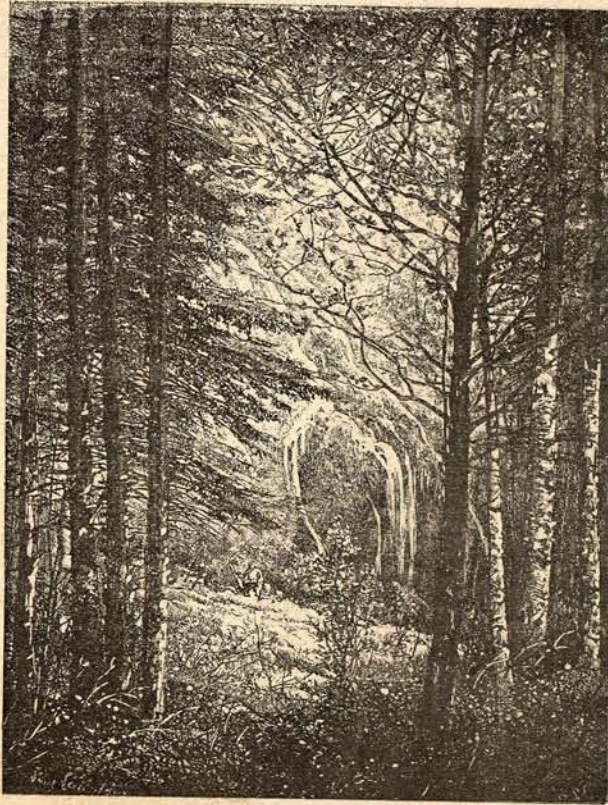
Su sueldo mensual se fijó en tres duros, y dióse á cada uno de ellos una carabina, un frasco de pólvora, un saco de balas, una hacha, un cuchillo, y municiones para doscientos tiros.

Conocido me era, el sin número de dificultades que ofrecía la expedición que iba á emprender: obviar todas las que pudieran presentármese era mi pensamiento constante, el móvil de todos mis actos. Cuando desde una orilla del Tanganika mirase á la opuesta, ¿me habría de detener la insolencia de algun jefe ó

el capricho de un árabe? A fin de evitar tal percance, compré dos barcas: la una que me costó ochenta duros, podía contener unas veinte personas, con las mercancías necesarias; la otra, más pequeña, tenía cabida para seis, con los bagajes. Mandé desmontar aquellas embarcacio-

nes, sin conservar más que su armazón, y dispuse que se hicieran fardos, cuyo peso no excedió de sesenta y ocho libras.

Pensé también que no estaría de más una pequeña carreta, proporcionada á los difíciles senderos del país, que podría llevar doble carga que la de un asno, con



CERCANÍAS DE ZANZIBAR

lo cual se ahorraba el trabajo de cuatro hombres. Ya se verá que la práctica justificó mi teoría.

Terminados todos mis preparativos y al contemplar aquellas largas filas de fardos, las líneas de cajones, las tiendas de campaña, y las masas de objetos de toda especie, confundíome hasta cierto punto mi temeridad. El material que había allí

pesaba por lo ménos seis toneladas. ¿Cómo lo llevaríamos á través del desierto que desde la costa se extiende hasta los grandes lagos?—¡Bah! me dije, fuera dudas y manos á la obra.

*
**

Mis predecesores han olvidado decir

una cosa; y es que no se debe ir á Zanzibar sinó con dinero contante: las cartas de crédito, las letras de cambio, los billetes al portador, los efectos de comercio, etc., son cosas que no se admiten allí. Aunque tengais la cartera llena, y valga vuestra firma oro, ó lleveis billetes de banco ó carta blanca por la suma que sea, es inútil que lo enseñeis, que expliquéis y que rogueis; para cambiar cada duro no os llevarán ménos del veinte ó treinta por ciento: este es uno de los recuerdos más desagradables que conservo de Zanzibar.

Arregladas al fin todas mis cuéntas, restábame sólo dar las gracias á los europeos que me habían prestado su apoyo, y despedirme después de su Alteza, quien me había regalado un caballo árabe, dándome además muchas pruebas de benevolencia. Ofrecióme asimismo cartas de recomendación para sus funcionarios de la costa, y un firman para todos los árabes que encontrara en el camino.

Hice mi última visita á Mr. Goodhen, negociante americano, establecido hacía mucho tiempo en Zanzibar, y que en el momento de la despedida, me ofreció

generosamente un caballo bayo procedente del Cabo, caballo de raza que valía por lo ménos dos mil quinientos francos.

Al siguiente día, 5 de febrero, veintinueve después de nuestra llegada á la isla, estaban al ancla cuatro daous (embarcaciones árabes) ante el consulado de los Estados-Unidos; hallábase ya todo á bordo, y también la gente, ménos Juan Shaw y Farquhar, que no parecían, y á quienes al fin se encontró en un establecimiento de bebidas.

*
* *

—Mal principio, les dije.

—¿Cree...eis, caballero, que no he hecho mal, en comprometerme á prestaros mis servicios? preguntó Shaw.

—¿No habeis firmado el contrato hallándoos en vuestro cabal juicio? le repliqué. Vamos, señores, embarcaos pronto; ya estamos todos convenidos, y no se debe retroceder; aunque sea asunto de vida ó muerte, poco importa; nadie debe faltar á sus deberes.

CAPÍTULO CUARTO.

LLEGADA Á BAGAMOYO.—PÉRDIDA DE UN ASNO.—ALI-BEN-SELIM.—QUINCENA PERDIDA.—SOUR HADJI PALLON.—SU COMPORTAMIENTO.—ENVIO DE M. KIRK Á LIVINGSTONE.—EFECTO DE LA VISITA DEL CÓNSUL.—CARAVANAS DEL NEW-YORK HERALD.

DE Zanzibar á Bagamoyo no hay más distancia que veinticinco millas, pero nuestro perezoso daou no empleó ménos de diez horas en hacer la travesía.

Entre la multitud, compuesta de árabes, de banianos y de indígenas, que nos esperaba en la playa, hallábase uno de los individuos de la misión que los jesuitas han fundado en Bagamoyo. El reverendo padre nos ofreció hospitalidad de la manera más cortés; mas aunque insistió mucho en su invitación, sólo la acepté por una noche, pues cuando me es posible prefiero conservar mi independencía. Pasé la noche muy bien sin embargo, y al rayar la aurora me dirigí á nuestro campamento, dispuesto á disfrutar como mejor pudiera de mi nuevo género de vida.

Lo primero que hice fué contar los asnos: faltaban ya dos, y además un rollo de hilo de latón: era evidentemente que mis hombres se habían ido á dormir sin acordarse de los rateros nocturnos. Dí parte al comandante; pusieron en campaña algunos soldados á quienes se ofre-

ció una recompensa; y ántes de la tarde se descubrió uno de los cuadrúpedos en un campo de yuca donde pacía tranquilamente; pero el otro no pareció, ni tampoco el hilo de latón.

*
**

Durante el día recibí la visita de Ali-ben-Salim, quien me ofreció sus respetos; su hermano, el jefe de las caravanas de Burton y de Speke, debía ser mi agente en el Ounyanyembé; creí en sus finezas y fuí por la noche á tomar café con él; el café era bueno aunque sin azúcar; y las palabras de mi interlocutor por demás lisongeras.

—¿Qué puedo hacer para serviros? me preguntó. Soy vuestro amigo, y deseo demostrároslo cuanto antes.

—Tengo gran necesidad, le contesté, de un hombre fiel que busque conductores y me los envíe muy pronto; tened la bondad de proporcionarme ciento cuarenta y os pagaré lo que gustéis.

—¡Pagarme tan ligero servicio! exclamó el hipócrita con voz melosa; yo no os

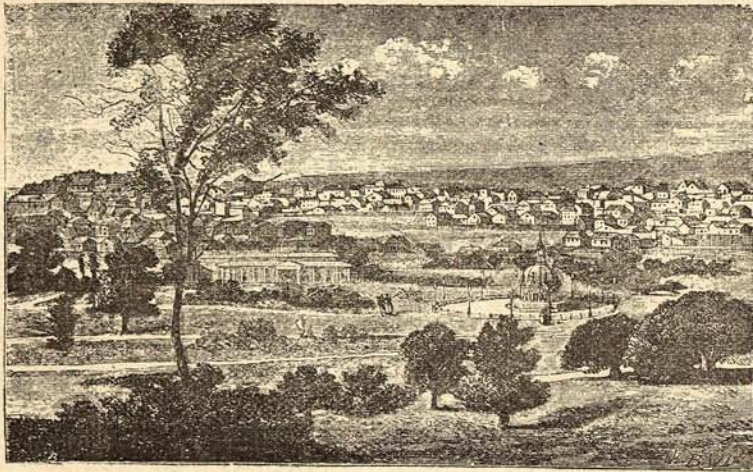
pido nada, amigo mío, y ya podeis estar tranquilo, pues de aquí á quince días habreis marchado.

Dos razones poderosas me hacían desear que la partida se efectuara cuanto antes: sería cierto que Livingstone, como lo aseguraba M. Kirk, evitaría mi presencia, importaba que yo llegase á Oujiji antes que circulase el rumor de mi expedición; y como la estación lluviosa se aproximaba, si me sorprendía en Bagamoyo, ya no podía marchar has-

ta que terminase, perdiéndose así quince días.

Al siguiente, fiel á su promesa, vino Alí á buscarme, y con aire de importancia, examinó mi cargamento; díjome que todos los fardos debían ir cubiertos de estera, añadiendo que enviaría un hombre para tomar la medida; y me rogó que no le hablase del precio, toda vez que sería asunto suyo.

Para facturar los fardos me confié á la práctica de un tal Jetta, comisionado en



BAGAMOYO

Zanzibar; este hombre tomando todas las telas, las había empaquetado revueltas, sin cuidarse del peso; pero el primer día que llegaron dos *pagaris* (este es el nombre de los conductores), dijeron que se les enseñara la carga; levantáronla un poco, hicieron un gesto y negáronse á llevarla. Al pesar los fardos, vióse que cada cual pesaba unas treinta libras más de lo que me habían dicho; de modo que fué preciso desempaquetarlo todo y volverlo á embalar.

Concluida esta tarea, y otras varias, finalizaban los quince días de que podía yo disponer, y no se presentaba ninguno

de los conductores. Envié á Mabrouki á casa de ben Selim, quien me contestó que dentro de algunos días llegarían todos. «Yo no creo una palabra de lo que dice, añadió Mabrouki, pues sé que ha manifestado que el sultan no os había recomendado á él, y que por lo tanto no tenía necesidad de ocuparse en vuestros negocios.»

Los agentes de Kaoté habían hecho lo mismo; la quincena estaba perdida.

Entonces recordé que un rico indio me había hablado de un tal Hadji Pallou, que segun me dijo no tenía igual para organizar una caravana, á pesar de su ju-

ventud. Envié un intérprete á Zanzibar, pues ya no me quedaba otro recurso, y al tercer día volvió con una carta del indio, y una porción de objetos que me remitía M. Webb.

Poco tiempo despues me visitó Sour Hadji Pallou, el cual me dijo que los conductores exigian un precio muy subido; que muchos árabes se mantenían al acecho para cogerles al paso y exigir sus servicios, pagándoles por ellos veinte dotis (equivalente de ochenta varas de tela); pero que para obtenerlos por este precio sería preciso aguardar seis meses. «Si quereis marchar pronto, añadió, dad veinticinco dotis por lo menos, y dentro de tres semanas podreis estar en camino.»

—Consiento en ello, contesté, haciéndole ver que tenía tela bastante para pagar lo que pidiese; y además, os haré un buen regalo.

—¡Un regalo! nada de eso; solo deseo que digais á mis paisanos que soy un buen hombre.

Despues añadió, con gran sorpresa mía, que en su casa esperaban diez conductores, que si le enviaba al momento cuatro balas de telas, dos sacos de abalorios y veinte rollos de hilo de latón, partirían al día siguiente los pagarís con tres de mis soldados. Díjome además que las pequeñas caravanas eran preferibles á las grandes, porque éstas despertaban la codicia de los jefes, siendo objeto de sus ataques, al paso que las otras pasaban desapercibidas.

*
* *

Envié al punto las balas, felicitándome de haber encontrado aquel jóven tan bueno, y lo consigné en mi diario con gran elogio de su capacidad y de su desinterés. Ya pensaba en el regalo que debía enviarle, cuando á la mañana si-

guiente se presentó para arreglar definitivamente nuestra cuenta, presentándome su factura con toda la calma de la inocencia. El buen jóven me exigía una respetable cantidad por haber facilitado á cada conductor veinticinco dotis de ganancia, y deseaba que le pagase al punto en numerario. Faltábanme las palabras para expresar mi asombro, recordé al digno jóven que al señalarle la víspera los tres mil dotis que tenía en mi tienda, quedaba bien entendido que pagaría yo mismo á los conductores: Pallou convino en ello; mas para justificar la ruptura del contrato, dijo que deseaba vender su tela y no la mía.

El altercado duró una hora: el buen joven suplicó, vertió lágrimas, é hizo voto de no mezclarse más en mis asuntos; pero yo no cedí. Por último, satisfecho Pallou con el importe que debía producirle su comisión, separóse de mí muy contento, seguido de los tres soldados que debían acompañar á los conductores. Cuando se le enviaron las telas, vióse que en vez de los veinticinco dotis que él me contaba, no habían recibido los pagarís más que veinte, y aún algunos solo doce.

A pesar de todo, me fué preciso seguir sirviéndome de aquel tunante, que á la vez que edificaba á todos con sus prácticas religiosas, me robaba diez veces diarias, sin que se avergonzase en lo más mínimo cuando era descubierto. Durante las seis semanas que permanecí allí, aquel joven de veinte años me dió por sí solo más hilo á torcer que todos los pilletes de Nueva-York pudieran dar á la policía. Acaso se me pregunte por qué no despedí al bribón desde la primera vez que traté con él; pero contestaré á esto, que sin sus servicios, malos ó buenos, me hubiera sido forzoso permanecer en Bagamoyo más de seis meses.

Pocos días despues de mi llegada habia

ido á ver la caravana que enviaban á Livingstone, y que se hallaba allí desde el 2 de Noviembre de 1870; el número de fardos era de treinta y cinco, y estaban bajo la custodia de siete anjoughannais, cuatro de ellos esclavos, que vivían todos en la abundancia, sin cuidarse del resultado de su inacción. No era posible dar por pretexto la falta de pagaris, pues desde el 15 de Diciembre, época en que termina el ramadan, habíanse organizado al ménos quince caravanas, y hubieran bas-

tado dos días con la influencia consular, para reunir treinta y cinco conductores. Si yo hubiese sido agente oficial de un gobierno, no me cabe duda que los ciento cuarenta hombres que se necesitaban habrían estado reunidos en una semana.

*
**

El cónsul inglés manifestó que ignoraba que las provisiones que se enviaban á Livingstone no estuviesen ya en camino;



MERCADERES ÁRABES

pero esto prueba cuando ménos negligencia, pues la noche misma de mi llegada á Zanzibar me dijeron que las mercancías se hallaban aún en la costa. De todos modos, lo cierto es que hacía mediados de febrero circuló la noticia de la próxima llegada del cónsul á Bagamoyo; y esto bastó para que dicha caravana, sobrecogida de temor, partiese al día siguiente, solo con cuatro hombres de escolta.

El primero de mis destacamentos se puso en marcha el 18 de Febrero; el segundo el 21; el tercero el 25; el cuarto en 11 de marzo, y el quinto el 21 del mismo mes. En este último, del que yo formaba parte con Shaw, iban veintiocho pagaris, doce soldados, un cocinero, un sas-

tre, un intérprete, un armero, dos caballos, diez y siete asnos y un perro.

En resúmen, la expedición del *New-York-Herald* se componía de ciento noventa y dos hombres.

Nuestra salida de Bagamoyo fué muy brillante; todos íbamos poseidos de ardimiento; los soldados cantaban; el Kiraugoni, ó sea el guía, lanzaba mugidos sonoros, agitando la bandera de los Estados Unidos, y todos los espectadores exclamaban al verla: «¡Ahí va la caravana de un Mousoungon!» Parecióme que mi corazón latía con demasiada violencia para que mis facciones conservasen la impassibilidad que conviene á las de un jefe; pero no podía dominarme; el entu-

siasmo de la juventud se apodera siempre de mí á pesar de mis repetidos viajes; la sangre circulaba por mis venas con todo el vigor propio de salud perfecta. Los cuidados que me inquietaban hacia dos meses habian desaparecido ya, y el porvenir parecia sonreirme.

El país encantador; por todas partes

árboles extraños, campos fertiles y una lozana vegetación; oí el canto del grillo y de los pájaros, y el roce de los insectos; todo parecia decirme: «¡Al fin has marchado!» ¡Qué podia yo hacer sino dirigir la vista al cielo radiante, y exclamar: ¡Loado sea Dios!

Nos detuvimos en Chamba-Gonera



VALLE KIAUGANI

despues de una marcha de poco más de tres millas sin que hubiese ocurrido incidente alguno.

Los tres días siguientes se emplearon en dar la última mano á nuestro equipo, y en tomar precauciones cantra la masika, cuya llegada se presentía.

El cuarto día salimos de los campos de pastinacas y de yuca, y penetramos en un bosque de ébanos y de baobales,

de donde salimos al cabo de una hora. Entónces se desplegó á nuestra vista el valle Kiaugani, en una extensión de cuatro millas de Este á Oeste, y de ocho de Norte á Sur: este valle estaba cubierto de yerbas y de espesos bosques, que por todas partes oscurecian el horizonte.

Poco tiempo despues llegamos al Kiaugani, penetrando en la selva que bordea su orilla derecha: de repente nos vimos

detenidos por un canal lleno de fango negro, y de gran profundidad, lo cual nos obligó á construir un puente. La construcción no duro largo tiempo: echamos seis grandes troncos de árboles de una orilla á otra; quince albardas de los burros, puestas al través, cubrieron en parte aquella armazón, y se efectuó el paso sin el menor accidente.

*
* *

Unos mil pasos más allá encontramos una espesura de yerbas gigantescas y de extravagantes enredaderas; aquel era el sitio por donde se debía cruzar el río. El barquero que nos acechaba desde la otra orilla, contestó al punto á nuestro llamamiento, y dirigiendo diestramente su embarcación, que no era otra cosa sino un enorme tronco hueco, la hizo deslizar entre los torbellinos y remolinos, y llegó hasta nosotros. Yo pensaba acampar en la orilla pero el temor que inspiraban á mis hombres los hipopótamos, nos obligó á ir más léjos.

Mucho habíamos ganado con cambiar de orilla, pues en vez de aquellos torrentes de fango, de aquellos negros barrancos, y de las espesuras pestilenciales que acabábamos de abandonar, extendíase bajo nuestros piés un inmenso tapiz de césped, con arboledas, formando el conjunto un verdadero parque á la inglesa; en un grupo de árboles ví varias pintadas.

Después serpenteaba el camino, prolongándose en una série de ondulaciones, coronadas por el sombrío follaje del baobad. Cuando avanzamos vimos emprender su vuelo á un gran número de tórtolas, de ibis, de faisanes, de codornices, bandadas de palomas verdes, cornejas, aves de rapiña y pollas de agua, que huían poseídas de espanto; de vez en cuando cruzaban los aires un pelicano; algunas

parejas de antílopes animaban la perspectiva, y varios monos se alejaban saltando á la manera de los kanguros.

Aquellos cuadrumanos eran bastante grandes; tenían la cabeza redonda como una bola, el pecho blanco, y una gran cola terminada por una borla de pelo.

Después de una marcha de once millas, llegamos á Kikoka, que es una reunión de cabañas de paja, construídas en esa forma particular que inventaron los hijos de Zanzibar para resguardar sus casas lo más posible del sol.

Debo decir que por el camino que recorriamos no habia pasado ántes que yo ningun hombre de raza blanca.

Salimos de Kikoka el 27: el paisaje no cambiaba; era un parque magnífico, lleno de atractivo en todos sus detalles. El camino formaba después ondulaciones paralelas, cubiertas por una série de árboles de ondulante follaje, ó por una espesura; estas ondulaciones se interrumpian luego por montecillos aislados; en uno de ellos, en medio de zarzales, está situado Rosako, y á poca distancia hay otro pueblecillo protegido por una espesura de mimosas. Entre los dos arrabales se extiende un valle de los más fértiles cruzado por un riachuelo.

Rosako está en la frontera de Oukonéré; penetramos hasta el centro, y establecimos allí nuestro campamento. Ya hacia tiempo que nos habíamos reunido con mi cuarta caravana; al día siguiente, en el momento de marchar, se me presentó Maganga, el jefe de aquel grupo, para anunciarme que tres de sus pagarís estaban enfermos; dos de ellos tenían fiebre, y el otro una inflamación de los pulmones; creíanse en el artículo de muerte, y llamaban á su mamá, como si fueran niños. Dejé á esta caravana en Rosako, y continué mi marcha con la mia.

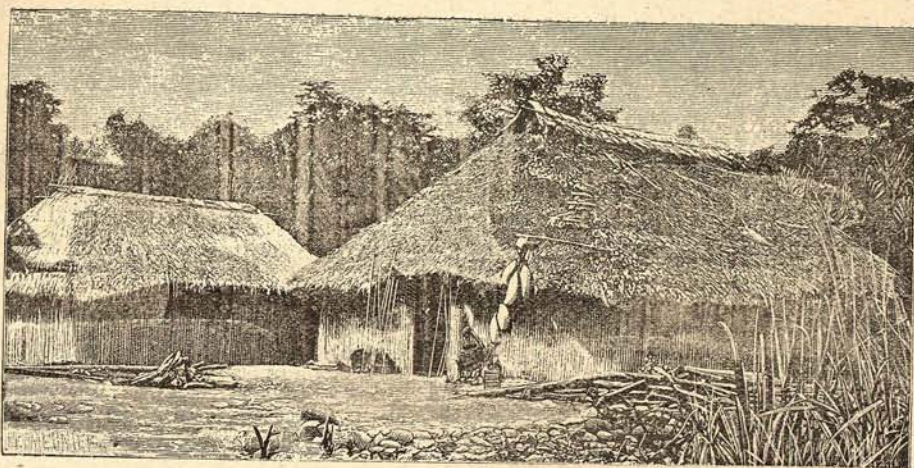
*
* *

Sin embargo, era tal mi inquietud respecto á la gente de Maganga, que bien pronto dí la órden de hacer alto. Estábamos entónces cerca del lecho de un torrente, donde se veían algunas charcas de agua, y apenas se hubo descargado lo necesario, rodeando el campo con una empalizada, observamos que allí había un prodigioso número de insectos, los cuales fueron un nuevo motivo de ansiedad para nosotros. Distinguí tres especies de moscas, varias de las cuales se habían do-

miciliado en mi tienda, donde zumbaban de continuo, cada cual en su tono.

No ménos feroces que ruidosas, aquellas moscas me preocupaban en gran manera: pensé desde luego si seria alguna la tsetzé, especie que segun el doctor Kirk, habitaba aquella región; mis hombres me dijeron que todas tres eran fatales para el ganado mayor, lo cual explicaba su ausencia en aquel país tan abundante en pastos.

Examiné aquellas moscas con todo el



KIKOKA

cuidado posible: la una, que medía cerca de tres centímetros de largo, me pareció ser el tébano africano; la segunda correspondía mejor á la descripción que se ha hecho de la tsetzé, y era tan avispada, que mis hombres necesitaron cerca de una hora para recoger solo una. Apenas se apoderaron de ella, picó la mano con rabia; y no cesaron sus ataques hasta que se la hubo atravesado con un alfiler; la tercera hacía ménos ruido que las otras, pero era seguramente la más terrible, pues los caballos y los asnos se encabritaban al sentir la picadura, que hacía chorrear la sangre:

más tarde he reconocido que esta última especie era realmente la tsetzé.

El segundo y tercer día transcurrieron sin recibir noticias de Maganga: envié un recado, diciéndole que se apresurase, porque le esperaria en otra estación, y nos pusimos en marcha hácia Kingarou. El pueblo que solo distaba cinco millas de nuestro último campamento, está situado en uno de los huecos que forma el camino. Al mirarle pensé en la fiebre; acaso aquel cielo tan encapotado, y aquellas altas crestas, cubiertas de espeso y sombrío bosque le comunicaban un aspecto

más triste; pero lo cierto es que la impresión que me produjo aquel agujero fangoso, rodeado de lúgubres selvas, no fué nada agradable para mí.

Aún no se habían levantado las tiendas, cuando se desencadenó sobre nosotros la masika en forma de lluvia torrencial. Mi caballo árabe, que parecía enfermo por la tarde, murió al día siguiente; le encontramos en el estómago, y sobre todo en los intestinos, un número considerable de gusanos: no hay animal que pueda resistir á semejante parasitismo.

A fin de que los miasmas no perjudicasen más el aire viciado de aquellos parajes, mandé que enterrasen al pobre cuadrúpedo; pero el jefe del pueblo, montado en cólera, me reclamó ocho varas de tela por haberme permitido convertir en cementerio su terreno, sin que nadie me autorizase. Yo le expliqué el motivo que me inducía á obrar así; pero como persistiese en su reclamación, dije á Bombay que desenterrase el caballo y le dejara donde había muerto. Viendo entonces el jefe que nada podía obtener, apaciguóse de pronto y nos separamos como buenos amigos.

*
**

Aun no hacía media hora que había terminado aquella cuestión, cuando oí nuevas quejas: era mi segundo caballo que gemía de dolor. Permanecí en pié toda la noche creyendo que solo sería una indigestión por haber comido alguna planta nociva; pero también murió por la mañana, quince horas después que su compañero.

A esta doble pérdida agregábase mi inquietud por la caravana que se había quedado atrás: Maganga no llegaba, y hacía tres días que le estaba esperando. Un conductor, aprovechándose de una

oportunidad, había huido con su carga. Además del tiempo perdido, aquella parada nos era funesta, pues la fiebre acometió primero á Selím, después al cocinero y luego á su ayudante y al sastre: de veinticinco hombres tenía ya diez enfermos.

El 4 de Abril se presentó por fin Maganga, que esta vez tomó la delantera: al día siguiente de su marcha, queriendo yo sacar á mis gentes de su languidez, hice un alegre llamamiento con un cazo de hierro, al cual contestaron al punto; pero el trecho era largo, y pocos hombres se hallaron con fuerzas suficientes para caminar hasta la noche, fué preciso enviar gente en busca de los rezagados y desertores.

De la siguiente etapa, aunque solo de diez millas, conservaré eternamente un recuerdo penoso, porque fué la jornada más dolorosa. Fué preciso detenernos en medio de una espesura, donde solo había tres claros en los que se pudiera tomar aliento: los miasmas y los efluvios de las plantas en descomposición, eran tan acres y penetrantes, que á cada momento esperaba fuéramos todos víctimas de un terrible ataque de fiebre.

Por fortuna no ocurrió ningún accidente desagradable; pero pocos se figurarán lo difícil que es hacer pasar diez y siete asnos cargados, solo con siete conductores, por un sendero de un pié de anchura, que serpentea en medio de un bosque impenetrable, entre dos muros espinosos donde se prende y desgarrar todo cuanto toca.

Al llegar á Msouhona, situada á la salida de aquel mal paso, hallábame solo con Mabrouki: Shaw, que conducía la carreta, no llegó hasta las dos de la madrugada, después de agotar todas las imprecaciones del vocabulario de la marina, adicionado con las de su invención. Y en efecto, ignoro si habrá alguien que

teniendo que pasar aquellos trabajos de Sisifo, no se lamenta de la locura que le condujo á semejante lugar. ¡Cómo echaba yo de ménos entonces mi antiguo género de vida, mi tranquilo reposo en Madrid y mi muelle butaca! El primero que dijo que viajar era entrar en el paraíso de los locos, debió proferir semejante exclamación en un caso semejante al en que yo me hallaba.

Nos fué preciso detenernos en Msouhona para reparar nuestras fuerzas, pues así lo necesitaban tanto los hombres como los animales. El jefe del pueblo, un verdadero blanco, excepto por el color, me envió el más grande de sus carneros y cinco medidas de sorgho (alcaudía), presente que no pudo ser más oportuno. Yo le dí en cambio ocho varas de tela, y le entretuve enseñándole mis revólvers, así como el asombroso mecanismo de mi carabina de diez y seis tiros. Aquel jefe que me pareció muy inteligente, comprendió al punto la fuerza de tales armas, y con una pantomima significativa, expresó las ventajas que con ellas tendría un solo individuo sobre todo un pueblo que sólo poseyese flechas.

¡Cuán sabios son los Vouasoungou, exclamó: qué cabeza la suya, qué maravillas hacen! ¡Ved esas tiendas, esos fusiles, esos relojes, esas telas y esa pequeña máquina que rueda, llevando por sí sola cinco hombres!

Después de Msouhona, el camino atraviesa una deliciosa llanura donde hay algunos campos; sus cultivadores nos miraron con la boca abierta y los ojos fijos, como si estuvieran fascinados.

Nos detuvimos después en Kisemo, población situada en un distrito populoso: no se cuentan menos de cinco pueblos en los alrededores, fortificado cada cual por una estacada de espinos: tan celosos al parecer de su independencia, como si perteneciesen á señores feudales, hállan-

se situados cada uno en un montecillo ó en la cresta de un surco: á mí me hicieron el efecto de un gallo que desde la cima de su estercolero desafía á todos los demás.

Entre aquellas eminencias asientan estrechos valles, donde se cultiva el sorgho y el maíz; detrás de Kisemo corre el Dungeregeri, límpido riachuelo profundamente encajonado, que no por eso deja menos de desbordarse durante la estación lluviosa; es el principal afluente del Kingani.

*
**

El día 12 de Abril llegamos á Moussondi por un buen camino, tanto, que no se desarregló un solo fardo, ni hubo la menor causa de impaciencia. Si la ruta de Dugangembé hubiera sido por todas partes como aquella, se habría podido caminar tan fácilmente como de Nueva-York á Staten-Island en un día de fiesta. Aquella campiña magnífica, espléndida en medio de su salvajismo, y embalsamada con flores sin número, llega hasta el pié de las montañas que separan á Dudoé del Dukami, á unas veinte millas del sitio donde nos hallábamos.

Descendiendo por una cresta pedregosa en la que predomina el cuarzo y el granito, encontramos un aluvión arenoso, depositado por el Dungeregeri, y atravesamos varios campos de sorgho, de caña de azúcar y de maíz, así como también algunos jardines en que se cultiva la berengena y el pepino. Cerca del rio florecen el banano y el suparamousi (*taxus elongatus*), cuya altura excede á la del otro en veinticinco y treinta metros.

El 14 franqueamos el rio que pasa por la extremidad meridional del valle, dirigiéndose hácia el Sur; en aquel sitio no tenía veinte metros de anchura, y es vadeable en toda su extensión.

En Monhalled, á donde llegamos el 17, encontré á Selim-ben-Raschid, que volvía del interior con trescientos colmillos de elefante. Dióme cierta cantidad de arroz, y lo que era mejor aún, noticias de Livingstone. Aquel buen árabe había dejado al doctor en Dujiji, en donde durante quince días habitaron dos chozas contiguas. «Ha estado muy enfermo, me dijo ben-Raschid, y parece enteramente un viejo; tiene el semblante desfigurado y la barba gris.»

Al otro día, siguiendo siempre el valle, pasamos frente á los muros de Simbamouenni, capital de Oousegoukha. No me esperaba encontrar semejante ciudad. En Persia, en el Masanderan, no me hubiera extrañado; pero allí era una aparición verdaderamente imprevista.

*
**

Situada al pié de las montañas de Dourougourou, en una magnífica cuenca ba-



LA VISITA

ñada por dos ríos y varios cristalinos arroyuelos, aquella ciudad podría contar unos cinco mil habitantes. Las casas, en número de unas mil, eran de arquitectura africana, pero del mejor estilo; y sus fortificaciones árabo-pérsicas, reunían las ventajas de ambos géneros. En cada ángulo del recinto, que era de piedra, elevábase una torre construída con el mismo material; veíanse en la muralla cuatro aberturas, que miraban á los cuatro puntos cardinales, y se cerraban por enormes puertas de una madera muy dura del país, adornadas con arabescos de los más

finos y complicados. Parecióme á primera vista que aquellas puertas procedían de Zanzibar; pero como en las grandes casas de la ciudad ví otras análogas, juzgué que era muy posible se hubiesen construído allí mismo.

Semejante á las casas de la costa, la morada real era un largo edificio con una galería y un gran techo de pendiente rápida, que sobresalía por mucho de la pared. Aquel palacio estaba habitado por una sultana, hija de un tal Kisabengo, un bribón muy diestro que había sido el terror de seis provincias. De humilde orí-

gen, pero dotado de una fuerza notable, de una elocuencia singular y de un notable ingenio, Kisabengo supo influir poderosamente sobre los esclavos marrones, quienes le reconocieron como jefe. Sin embargo, no tardó la justicia en tomar cartas en el asunto, y entonces huyó Kisabengo al interior, donde comenzó una vida de rapiña y de conquista, cuyo resultado fué obligar á los Vouakami á cederle un inmenso terreno en su magnífico valle. Kisabengo eligió la parte mejor situada, y mandó construir allí su capital, dándola el nombre de Simbamouenni, la *Ciudad León*, es decir, la más fuerte. Llegado á la vejez, el afortunado ladrón

de hombres cambió su nombre de Kisabengo por el de su ciudad; y al morir, quiso que su hija, á la cual confiaba el poder, tomase asimismo aquel nombre régio.

Establecimos nuestro campamento á cuatro millas de Simbamouenni, á la orilla del rio. La estación estaba lluviosa entonces en toda su fuerza, y por la primera vez reconocí al día siguiente que el haberme aclimatado en los pantanos del Arkansas no me serviría de nada en Africa: acometióme la fiebre; pero un tratamiento enérgico impidió que se repitiese el acceso, al ménos por algun tiempo.

CAPÍTULO QUINTO.

EN MARCHA.—EL DUNGERENGERI.—INUNDACIÓN.—LLUVIA.—INSECTOS Y BASURAS.
—EL CAMPO DE SIMBO.—VALLE DE LA MAKATA.—SOLDADOS ENVIADOS Á SIMBAOUENI.—SU AVENTURA.—EN EL AGUA Y EN EL FANGO.—FUENTES DE VOUAMI.
—LA RONDEHOVA.—EN EL COLMO DE LA MISERIA.



OS fué imposible emprender la marcha al día siguiente, como yo esperaba, porque el Dungerengi, poco importante en la estación seca, adquiere un caudal de aguas enor-

me durante la Masika. Recibe las de unos veinte picos y dos largas cadenas de montañas, de donde bajan las cascadas y torrentes en todas direcciones. El Dunge-

rengeri se hace entonces un río furioso imposible de vadear.

A este obstáculo, añadíase el de una lluvia incesante, una de esas lluvias que obligan al hombre á permanecer en su casa, y que comunican tristeza á las gentes; una verdadera lluvia de Lóndres, bruma eterna acompañada de niebla.

El lugar que ocupábamos, más acá del río, era un verdadero foco de pestilencia, espantoso de ver, odioso para mi memoria. Las basuras acumuladas allí por varias generaciones de conductores habían reunido en aquel sitio miles de seres repugnantes; de hormigas negras, rojas y blancas, que infestaban el suelo; de gusanos de todos colores, que se arrastraban por los tallos y las yerbas; de avispas cabeza amarilla, tan venenosas como el escorpión, y cuyos nidos pendían de todas las ramas; enormes escarabeos del tamaño de la rata, que se entretenían en confeccionar y rodar bolas de estiércol; y por último, no faltaban allí piojos de todos colores y de todas especies. Seguramente que ninguna colección de entomología hubiera podido rivalizar por el número y las variedades con las paredes de mi tienda.

*
* *

En 23 de Abril escampó un poco, y aprovechamos la ocasión para franquear el cenagal que nos separaba del río: á las cinco de la mañana se comenzaron á transportar los bagajes á la otra orilla por medio de un puente de los más rústicos, que únicamente los negros, ó un acróbata de profesión, podrían franquear.

Para servirse de un puente africano es preciso saltar desde la orilla sobre una de las ramas del árbol que constituye el puente mismo, rama que está con frecuencia sumergida; y una vez alcanzada la extremidad, se debe dar un nuevo salto para

tocar tierra, lo cual no es cosa fácil llevando setenta libras de peso al hombro.

Sin embargo, la travesía se llevó á efecto sin accidente alguno, si bien fueron necesarias cinco horas, durante las cuales estuve oyendo imprecaciones que hubieran bastado para asustar á todo un ejército.

Vueltos á cargar los asnos, y cuando hubimos retorcido bien nuestras ropas, nos dirigimos hácia el Norte, dejando á la izquierda dos montañas que nos ocultaron bien pronto el espantoso valle. Luego se desplegó ante nosotros una série de claros separados por pequeños grupos de árboles, limitada á lo léjos por varios picos. De vez en cuando, al franquear alguna altura, divisábamos la línea azul de las montañas del Dusagara, que cerraban el horizonte al Oeste y al Norte, dominando una vasta llanura.

*
* *

Al pié de un cerro surcado por arroyuelos, vimos una especie de campo ocupado por chozas bastante bien hechas, y al que daban el nombre de Simbo; el terreno se componía en aquel sitio de restos cuarzosos, acarreados por arroyos permanentes.

Aunque desde el sitio donde nos hallábamos no se veían pueblos, había varios en los repliegues de la montaña; pero aquellos estaban sólo habitados por gentes inclinadas al robo y al asesinato.

Al salir de Simbo, entramos en un extenso llano que habíamos visto ya desde las alturas, conocido con el nombre de valle de Makata, y que por cierto nos ha dejado terribles recuerdos. Vimos primeramente anchas ondulaciones cubiertas de bambúes y de majestuosas palmeras (*Borassus flabelliformis*); pero muy pronto se interrumpían aquellas por varias charcas, que en aquella época tenían mu-

cha agua, y donde crecían enormes cañas y plantas de anchas hojas.

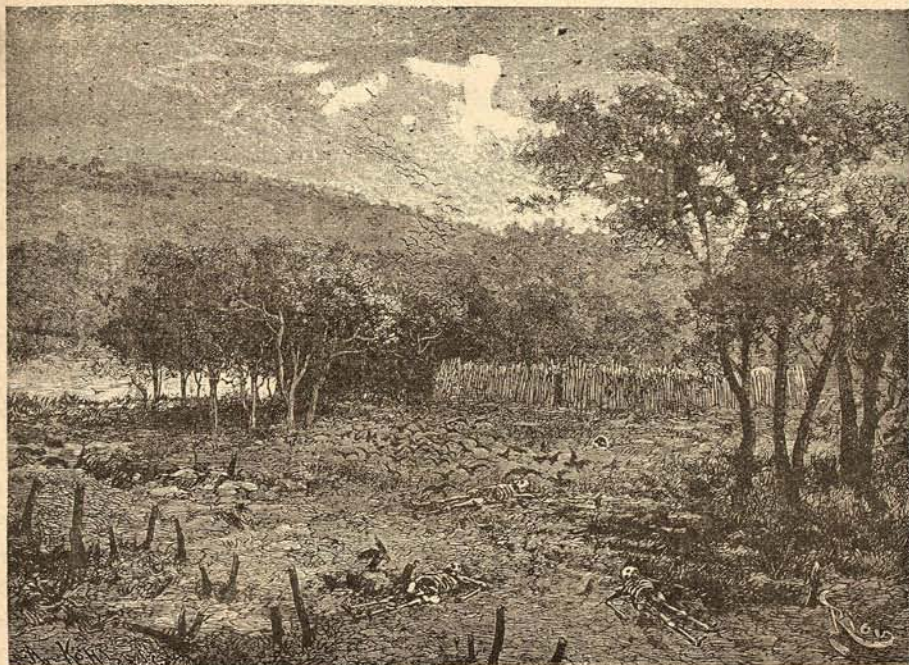
Después contemplamos extensas sabanas cubiertas de altas yerbas, cuya monotonía interrumpía de vez en cuando algún árbol solitario. En todo aquel espacio no había sino un pueblo, de lo cual resultaba ser abundante la caza. Desde el amanecer comenzaron á pasar por delante de nosotros numerosas cebras y antílopes, que saliendo de las espesuras iban á pastar en lugares descubiertos. Llegada

la noche vimos á las hienas salir de sus guaridas, lanzando lúgubres aullidos mientras buscaban alguna presa.

*
**

El suelo fangoso de aquellas sabanas hacía nuestra marcha sumamente penosa, tanto que necesitábamos diez horas para recorrer otras tantas millas.

Era cerca de media noche cuando la carreta, seguida por cuatro hombres ex-



VALLE DE MAKATA

tenuados, llegó al sitio que habíamos elegido en aquel desierto. Bombay, que iba también con ella, me refirió, que habiendo dejado su carga para ayudar á sacar la carreta de un cenagal, se lo habían robado todo. Creía que los ladrones eran Vouasheusi, de los que siguen á las caravanas para despojar á los rezagados.

Entre los objetos perdidos había una

gran hacha americana, una tienda de campaña, una pistola y un cajón de pólvora muy buena. Cuando me dieron la noticia hallábame en muy mala disposición, y así es que me dejé dominar por la cólera; después de reprender á Bombay por todas las pérdidas que nos había ocasionado su descuido, díle orden para que comenzase á buscar su fardo hasta que lo encontrase.

Al mismo tiempo envié á Simbamouenni á tres de mis soldados para que comprasen grano y trajesen al cocinero, á quien no se había vuelto á ver desde la víspera.

*
**

Trascurrieron tres días sin que volviesen mis hombres; las provisiones iban disminuyendo, y la caza escaseaba mucho, pues en dos excursiones no pude matar sino una codorniz y algunas palomas.

Por último se presentó Bombay, diciéndome que no había podido encontrar su fardo; en su consecuencia le retiré su título de capitán, y envié á Shaw para que averiguase lo que había sucedido con los otros hombres: volvió por la noche acometido de un fuerte ataque de fiebre.

También vinieron con él los soldados, á quienes había ocurrido una aventura. En el camino supieron que un asno blanco, cargado de tal ó cual modo, había cruzado el río conducido por dos hombres; y no dudando que fuese el del cocinero, habíanse dirigido á toda prisa á Simbamouenni, donde dijeron á los guardianes de las puertas que dos Vouasheusi debían haber cruzado la ciudad con un asno á cuyo amo habían dado muerte.

*
**

En presencia de la sultana, mis soldados repitieron su cuento; y como los guardas habían visto pasar á los dos Vouasheusi, aquélla destacó inmediatamente en su persecución á un piquete de veinte soldados, los cuales volvieron con los ladrones, el asno y todos los bagajes. Los dos hombres dijeron que habían encontrado al animal atado á un árbol que estaba sólo, y que por eso se lo

llevaron pero que no habían visto á ningún cocinero. No obstante, el robo estaba probado; la sultana reconoció el hecho, y después de decir á los culpables que los enviaría al sultan de Zanzíbar para que los castigara, aquella mujer, dotada evidentemente de la energía y codicia de su padre, preguntó á mis hombres por qué no había yo pagado el tributo. Como este asunto se había arreglado ya con la primera caravana, según costumbre, nada tenía que ver yo con el asunto; pero mis hombres no lo sabían, y por lo tanto no tuvieron que contestar. Entonces, la hija de Kisabengo les indicó que se cobraría ella misma, no sólo quedándose con el asno y su carga, sino tomándoles sus armas y cargándoles de grillos hasta que el amo viniese á reclamar.

La sultana lo hizo tal como lo dijo, y ya hacía diez y seis horas que mis tres hombres gemían entre cadenas en la plaza del mercado, expuestos á la rechifla de la multitud, cuando un árabe que yo había encontrado en Kingarou y que era al jeque Thani, los reconoció al punto. Acto continuo fué á ver á la sultana, y para hacerla reconocer su imprudencia, la dijo: «El mousoungon tiene dos fusiles que pueden disparar cuarenta tiros sin interrupción, y que envían su plomo á media hora de distancia; tiene balas que estallan, y que hacen trizas á un hombre en un momento. Desde lo alto de la montaña podría matar á todos los habitantes de la ciudad antes que uno de vuestros soldados pudiese llegar á su alcance; vendrá seguramente para declararos la guerra: el sultan de Zanzíbar marchará también contra vos; los Voaudoc y los Vouakami tomarán su revancha; y de la ciudad de vuestro padre no quedará más que un montón de ruinas.»

*
**

Mucho efecto debió producir sin duda el discurso del buen jeque, pues no solo fueron puestos en libertad mis soldados, devolviéndoseles un fusil, el asno y la carga, sinó que se les dió permiso para comprar grano con que alimentar á mis hombres cuatro días. El buen árabe los había conducido hasta Simbo; y en su campamento, donde los cargó de arroz y de manteca, fué donde Shaw los encontró.

Como quiera que sea, la heredera de Kisabengo me robaba aún dos fusiles, lo cual me indignó; y si hubiese estado cerca de la dama me habría vengado en sus mismos arrabales, pero aquellos cuatro días de espera me parecieron tan largos, que mi cólera se apaciguó, y bien pronto me felicité de que no hubiera sido mayor el mal.

Muy satisfecho con poder abandonar aquellos lugares donde tanto habíamos sufrido, levantamos el campo en medio de una copiosa lluvia, que en otra circunstancia nos hubiera impedido marchar. Caminamos al principio sobre una tierra rojiza que formaba una doble pendiente, y por la que era fácil andar, pero al cabo de una hora llegamos á la sabana, cuyo terreno era entónces muy blando y tenaz como la argamasa. Shaw estaba enfermo, y yo debía dirigirlo todo; los asnos se hundían en el fango quedando enclavados allí cual si hubieran echado raíces; y cuando á fuerza de golpes se conseguía sacar al uno, hundíase otro, y otro, y otro, sin que hubiese medio de acabar. Al cabo de dos horas de trabajar como negros, no habíamos avanzado más que milla y media; y no me regocijó poco encontrar un foso trasformado en rio. Allí fué presiso descargar; el paso duró una hora.

Despues de atravesar un bosque, encontramos otro rio más ancho y más profundo, el cual se pasó á vado, emplean-

do para ello un par de horas; avanzamos con el agua á media pierna, y á veces hasta la barba, tropezando, zambullendo, hundiéndonos en el fango, en medio de los tallos y de las yerbas sumergidas; seguimos la orilla izquierda del Makata, hasta el momento en que uno de los recodos nos impió ir más léjos: en diez horas de camino habíamos recorrido dos leguas.

*
**

Aun que rendido de fatiga, no pude menos de experimentar una viva satisfacción, pues ninguno de nosotros estaba atacado de la fiebre, lo cual era verdaderamente milagroso cuando en ninguna parte podía acometernos con tanta facilidad como en aquel maldito desierto. La vista sólo de aquellos bosques que chorreaban agua, envueltos entre la bruma; de aquellas yerbas inclinadas bajo el ceno de aquellos árboles que se pudrían entre una masa de cañas; de aquel rio cenagoso, y de aquel cielo que abría sus cataratas, era más que suficiente para imponer terror á cualquiera.

El Makata, cuya anchura no excede de cuarenta piés en tiempo de sequía, adquiere en la estación lluviosa tal extensión, tal profundidad é impetuosidad, que parece un rio de los más caudalosos: si el masika es mas fuerte que de ordinario, el arroyo inunda la llanura de una orilla á otra, trasformándose en lago.

A unas diez millas al Nordeste del punto donde nos hallábamos, el grande y el pequeño Makata, el Rondehoua y otra pequeña corriente, se reunen y forman el Vouami, que se vierte en el mar entre Saadani y Vhouldé; es el rio que en todo el Dusagara lleva el nombre de Moukoubokoua. De los afluentes que lo componen, el Makata es el más considerable, y tan rápida era entónces la co-

rriente, tan peligroso el puente vacilante, medio sumergido, por donde debíamos pasar, que el transporte de los bagajes exigió cinco horas bien largas. Apenas hubimos depositado en la orilla todos aquellos fardos, que no se mojaron gracias á nuestros cuidados, cuando una copiosa lluvia los llenó de agua, lo mismo que si hubieran caído en el río.

No debía intentarse franquear el pantano que se formó con aquel diluvio; y fué preciso acampar en un paraje donde las molestias se contaban por las horas.

*
**

Sin embargo, la lluvia que acabábamos de sufrir debía cerrar la estación: la primavera había comenzado el 23 de Marzo y estábamos á 30 de Abril; de modo que la Masika había durado treinta y nueve días, hecho que nos había anunciado ya en Bagamoyo; pero en realidad no contamos más que diez y ocho días de lluvia. Como quiera que sea, nos regocijábamos de que se hubiese concluído, porque era muy fatigoso tener que sacar los fardos cada día, y engrasar los útiles, las armas y cuanto era de hierro, sin que por eso dejara de echarse á perder rápidamente.

El 1.º de Mayo avanzábamos penosamente entre el agua y el cieno, todos más ó menos enfermos, más ó menos extenuados: Shaw tenía siempre la fiebre, y su hipocondria llegó á ser crónica; á un soldado le acometieron las viruelas; Bombay tenía la enfermedad que llaman en el país *kychyoma-chyoma*, la cual consiste en unos calambres que contraen el pecho; Mabrak, robusto mocetón, experimentaba náuseas, que se le disiparon á fuerza de golpes, el sastre estaba desfallecido, á causa de su continuo trabajo; y

en una palabra, cada cual se quejaba de alguna dolencia. Fué preciso apelar á los grandes medios; salvarlos á todos á pesar suyo, é impedir que se echasen en el cieno, lo cual, como ya se comprenderá, no podía ménos de perjudicarles en gran manera. La experiencia me enseñó á conocer que un buen látigo de caza, bien manejado, era el remedio más eficaz para devolver toda su energía, su vigor y actividad á los que perdían estas tres cosas por efecto de las humedades.

El paso por el agua y el cieno duró dos días: no se oyó más que un continuo chapoteo desde el momento de nuestra partida hasta que llegamos á los bomas, es decir, á los campos que hay en los únicos parajes secos del camino.

Llegamos de este modo al Roubchoua, otro profundo río cuyas orillas están inundadas de agua corriente. Al salir de la espesura que cubre la márgen derecha de uno de sus brazos, nos hallamos frente á una inmensa sábana líquida, donde se veían copas de árboles diseminadas y matas de yerba, limitada por montañas á una distancia de diez ó doce millas. Allí llegaron á su colmo las penalidades, pues por espacio de tres horas estuvimos caminando en cuatro piés de agua. Los horrores de aquella marcha nos dejaron un recuerdo muy doloroso, más acerbo aún por las peripecias que siguieron.

Desde aquel momento comenzaron á morir dos ó tres asnos cada día, hasta el punto de no quedar ya más que cinco. Soldados y conductores sufrieron males sin cuento y yo mismo me ví al borde de la tumba. Sin embargo, solo resultaron dos víctimas del paso de aquel espantoso valle: un pagari y mi perro, mi pobre Omar, que me acompañaba desde mi marcha á la India.

CAPÍTULO SEXTO.

PRIMER CAMPAMENTO EN EL DUSAGARA.—ESCARPADURAS DE LA CADENA.—EN LA MONTAÑA.—EL MOUKOUDOKOUA.—UN PUEBLO SÚCIO.—ENCUENTRO DE FARQUHAR.—REGIÓN DESIERTA.—REZAGADOS.—EL LAGO OUGOMBO.—ENCUENTRO DE THANI.—ABUNDANCIA.—EL MPOUAPOUA.—VASTO HORIZONTE.—HORMIGAS BLANCAS.—VOUASAGARA.—SU TERRITORIO.—TRAJES Y ORNAMENTOS.

DESPUES de haber subido, el 4 de Mayo, por una ligera pendiente, nos detuvimos en Rehennko, primer pueblo del Dusagara, donde pasamos la noche. Era una gran aldea situada al pié de la montaña, con buenos aires, y que nos prometía alguna comodidad y condiciones higiénicas. Espesos muros de arcilla, formando un cuadro, encerraban sus chozas cónicas, pobladas por unos mil habitantes. En los alrededores había otros pueblos igualmente ricos y populosos cuyos habitantes demostraban en sus costumbres cierta independencia nada desagradable. Cristalinos arroyuelos que corrían sobre un lecho de grava y guijarros, producían un dulce murmullo, muy grato para los oídos del viajero.

Pasamos cuatro días en aquel agradable sitio, y despues franqueamos las primeras escarpadas pendientes de la cadena. Llegados á la cima, vimos desplegarse, como en un gran cuadro maestro, el valle de la Makata con sus rápidas corrientes de agua, semejantes á otras tantas fajas plateadas que brillaban al reflejarse en ellas los rayos del sol; y sus bosques

de palmeras, cuyas inmensas líneas iban á enlazarse con los montes del Ourougourou y del Ousouapanga, semejantes á un punto azulado en el último confin del horizonte. Todos los horrores de la travesía habían desaparecido; ya no veíamos más que sus bellezas.

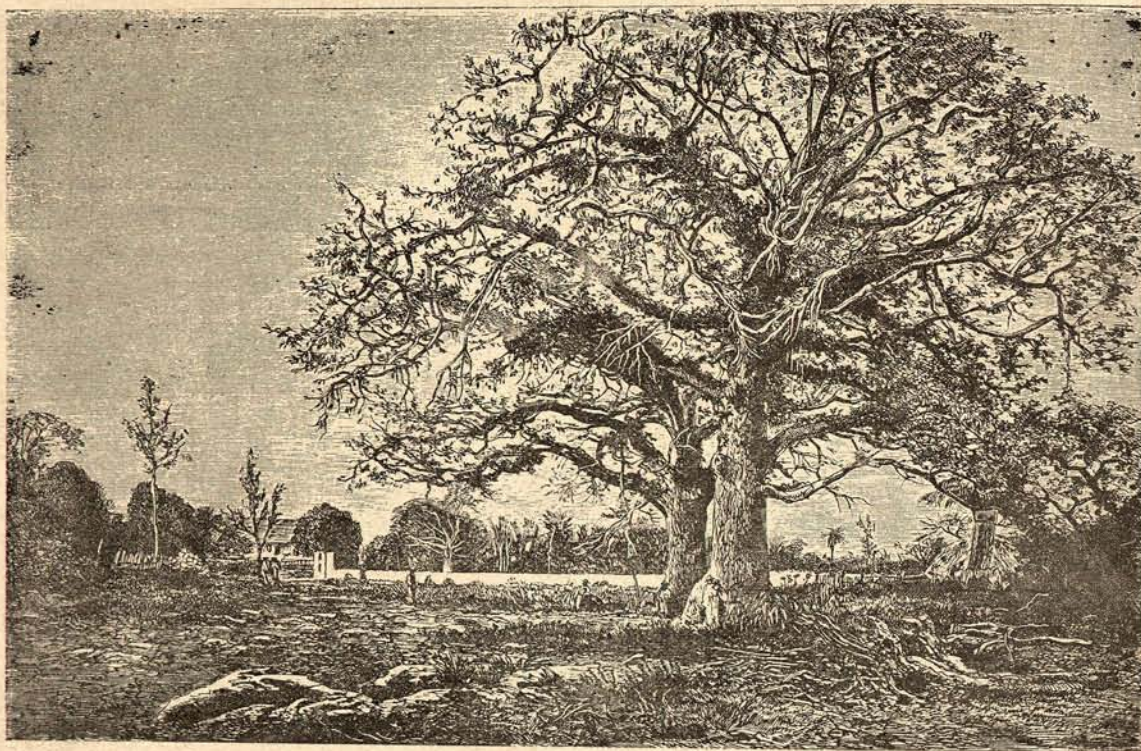
Al dirigir nuestras miradas al Oeste, vimos como un océano de conos, de crestas y picos, que surgían unos detras de otros, pareciendo que chocaban entre sí; por el Norte y el Sur, los numerosos grupos de cimas asemejábanse á enormes olas; no se veía una sóla roca pelada ni un espacio árido; por dó quiera el bosque con su inmenso manto de verdura.

Eldía 9, despues de una série de subidas y bajadas, nos encontramos de pronto ante el Moukoudokoua (nuestro gran Makata), en un angosto valle cubierto de cañas y de brezos, entre los cuales luchaban el tamarindo contra enormes convólulos, cuyos repliegues le estrechaban con tal fuerza, que no parecía vivir sinó para servirles de apoyo.

*
**

Poco tiempo despues cruzábamos por el camino que Burton y Speke siguieron en 1857, y pasado el rio á la media hora de haberle costeadado, llegamos al pueblo de Kiora, una aldea muy súaia, cuyo suelo estaba cubierto de excrementos de cabra; el número de niños me pareció ex-

traordinario, teniendo en cuenta que el pueblo constaba solo de unas veinte casas; el sol le inundaba con furia, produciendo un calor de cincuenta y tres grados; y poblaban el aire legiones de moscas y de todos los insectos conocidos y desconocidos.



ARBOLES AFRICANOS

Farquhar, jefe de la tercera caravana, debía estar en Kiora; había recibido de él, pocos días ántes, una carta que comenzaba con estas palabras: «todo va bien,» y que acababa anunciándome, que á causa de haberle robado su Kiraugozi, con reincidencia, le había despedido; que por lo tanto estaba sin guía; que de sus diez asnos se habían muerto nueve; que no tenía ya tela, y que estaba enfermo.

¡Sin tela ya, siendo así que le había dado para pagar á cincuenta hombres

hasta el Dumyamonezi! ¡Sin más que un asno y sin guía, y aún me aseguraba que todo iba bien!... Farquhar debía estar loco. Al oír mi voz, arrastróse penosamente fuera de su tienda; y á fé que, de no saberlo, no hubiera reconocido á mi servidor en aquel hombre de rostro macilento y demacrado.

Dispuse al punto que situaran mi tienda en una colina bien aireada, y cuando lo estuvo mandé llevar á ella al enfermo:

en cuanto á cuidarle ignorábamos que pudiera tener.

Parecía muy contento de que yo le hubiese encontrado; pero ¿qué se podía hacer con él? La carreta se había inutilizado, y faltaban los asnos; le dí por fin el mio, y nos pusimos en marcha con la tercera caravana, que desde aquel momento se confundió con la nuestra.

*
**

Después de recorrer un trayecto de ocho millas, volvimos á repasar el Moukoudokoua; y despidiéndonos del camino de Burton, penetramos en una región que era todo lo contrario de la que acabábamos de dejar. Ya no se veía una vegetación espléndida, de sofocantes efluvios; á los fértiles valles sucedía un suelo árido, con la flora del desierto, es decir, áloes, cactus, euforbios arborescentes y arbustos espinosos; no poblaba ya el bosque las alturas; veíanse solo desnudas rocas, blanqueadas por los ardientes rayos del sol.

Para franquear aquella ardiente tierra deshabitada necesitábamos cinco días: al siguiente, cuando íbamos á marchar, supe que no había llegado Shaw con los hombres encargados de la carreta.

Transcurrieron aún cuatro horas más, hasta que, cansada ya mi paciencia, fuí en busca de los rezagados, á quienes encontré cerca de Moukoudokoua; estaban en marcha, pero ¡qué paso el suyo! Uno de los hombres, hallando sin duda más cómodo llevar la carreta que arrastrarla, se la había puesto sobre la cabeza; Juan Shaw, montado en un asno, iba en medio de todos; pero me hubiera sido difícil decir cual de los dos dormía más profundamente. «Vamos, daos prisa, exclamé con acento de cólera, si no queréis que perezcamos todos en este espantoso desierto!»

*
**

El 14, al cabo de una marcha de siete millas por colinas graníticas, cuyo aspecto rígido parecía reflejarse en cada matorral y en cada planta, llegamos á una altura de doscientos cincuenta metros sobre el Moukoudokoua, y vimos á nuestros piés una sábana de color gris. La vista no era bonita, pero sí refrescante, y por lo menos no tan árida como la anterior.

La cuenca estaba limitada en la extremidad occidental por un pico de color pardo oscuro, pequeña montaña de trescientos metros de altura, llamada Ougombo, que da su nombre al lago; por el norte se corría, á una milla de distancia, una pequeña cadena irregular y baja, paralela á la orilla; al poniente veíase un llano que iba perdiéndose á lo lejos hácia las montañas de Mpouapoua, uniéndose con el Marenga Mkali.

Seguimos la orilla norte del lago, y como para ir desde una extremidad á otra nos fué necesaria hora y media, deduje que, siendo aquella línea la mayor, tendría el lago tres millas de longitud por dos de anchura, en el sitio donde esta alcanzaba más. En una extensión de diez y seis metros está convertida la margen en un pantano infranqueable, lleno de juncos y de yerbas acuáticas donde el hipopótamo se abre paso y practica surcos, que son las huellas de sus nocturnas excursiones. Allí van á beber la girafa, el búfalo, la cebra, el jabalí y numerosos antílopes; miles de aves animan la superficie del lago; las águilas pescadoras y otras rapaces se ciernen sobre el agua; mientras que en los alrededores resuena el grito de la pintada, el arrullo del palomo ó el silbido del buho.

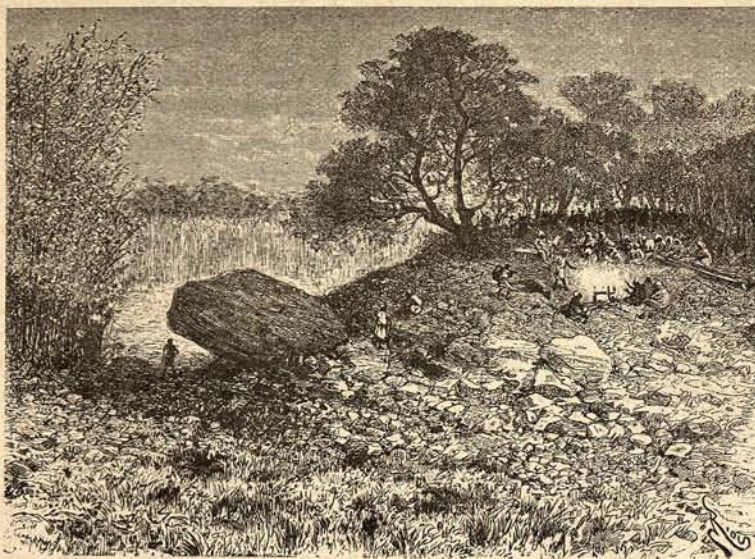
Permanecí en aquel parage dos días;

uno de mis hombres había huido llevándose la mejor carabina, y como hube de enviar á buscarle, fué preciso esperar.

En aquel sitio perdí dos asnos más, y bien pronto, no pudiendo ya dar montura á Farquhar, pensé formalmente en separarme de él.

*
**

El 16, atravesábamos la llanura que se halla al Oeste del Ougombo; allí crecen baobabs, tamarindos gigantes y mimosas; en los lados de los rosas, que ro-



UN BOSQUE AFRICANO

zábamos de vez en cuando, se veían euforbios arborescentes de mayor tamaño que los de Abisinia.

Hacia ya cinco horas que caminábamos, cuando vimos que las montañas se deprimían hácia el Nordeste; la línea que seguíamos se dirigía al Noroeste, y nos separaba por lo tanto del Roubeho, que dejábamos á nuestra izquierda, donde parecía elevarse hasta las nubes.

Después de prolongadas marchas de quince millas cada una, llegamos al Khambi de Mpouapoua, en cuyas inmediaciones se ven los más cristalinos arroyuelos. Allí encontramos al jeque Thani, aquel buen árabe que nos había prestado tan buen servicio, hablando en mi favor

á la hija de Kisabengo. Había acampado bajo una enorme higuera-sicomoro, donde se regalaba con buenas tajadas de carnero y leche de vaca; díjome que prolongaría su residencia en aquel parage algún tiempo, ántes de emprender las penosas marchas que teníamos en perspectiva.

«No marcheis aún, me dijo; dejad que vuestras gentes y los animales descansen dos ó tres días; ajustad nuevos conductores, hartaos de todas las buenas cosas que encontraréis aquí, y después haremos el camino juntos y á marchas forzadas.»

El Ougogo se me aparecía como una tierra prometida; tenía prisa por llegar,

á fin de restablecer mis fuerzas y mi estómago deteriorado; pero cuando supe que el sitio donde me hallaba entonces no era menos rico, cedí á los consejos del árabe. Allí abundaban los huevos, el carnero, la leche, la miel, la manteca, la harina y las habas, con cuyos artículos se pudieron hacer, gracias á mis conocimientos culinarios, excelentes comidas. Es preciso haberse alimentado por espacio de dos meses con caldo de carne coriácea de cabra y de sorgho para comprender lo que vale una buena comida.

*
**

En uno de los numerosos pueblecillos de aquel feliz distrito encontré un asilo para Farquhar; confiéle á los cuidados de Le-coulé, jefe del burgo, hombre honrado, de mirada dulce y rostro agradable, quien me prometió enviar al enfermo á la costa con una buena caravana, si llegaba á permitirlo su estado.

En aquella localidad se encuentran generalmente de diez á treinta conductores dispuestos á seguir las caravanas que remontan: tuve la suerte de poder contratar á una docena de aquellos útiles hombres, que habiendo llegado á Oun-yanyembé, se engancharon todos para acompañarme hasta el fin.

El Mpouapoua, como le llaman los árabes que han alterado casi todas las palabras del país, es el Mbamboua de los indígenas: es una cadena de montañas que se elevan á más de seis mil piés sobre el nivel del mar; por la parte del Norte forma, como ya hemos visto, la gran llanura situada al Oeste del Ougombo, y la del Marenga Mkali, que se extiende más allá de las fronteras de Ouhoumba.

Seducido por la riqueza de sus pendientes, admirablemente cubiertas de bosque, y por la pureza de sus cristali-

nos arroyuelos, arrostré las fatigas de la subida: llegado á la cúspide, abarqué con la mirada toda una extensión de llanuras y de montañas que se corrían desde el pico de Ougombo, hasta Ougogo, y desde Roubeho hasta los terrenos de los feroces Vouahoumba, que comprende un área de varios centenares de millas cuadradas. En la llanura se ven colinas, que la naturaleza parece haber diseminado á la casualidad, y que aparecen como otras tantas islas en un océano salpicado de verde y pardusco; en lo sitios donde el suelo está desnudo se divisan anchos espacios de un rojo blanquizco, que de vez en cuando se oscurecen por las nubes.

Para el cazador podía ser un paraíso aquella llanura, porque en sus retiros abundan cuantos animales pudiera apetecer; mas para mí, que no podía soportar ya la fatiga, el aspecto no era tan risueño. Á muy corta distancia de los montes, veíanse algunos claros en medio de la espesura; los bosques parecían entreabrirse y divisábanse campos de maíz, de sorgho y de mijo, así como también algunos pueblecillos. Varias estrechas corrientes de un agua muy límpida, que serpenteaban por el lecho de un gran río, distribuían en aquellos campos sedientos el elemento vivificante que abunda en aquella parte del Gusagara. Por último, varios rebaños de vacas pastaban en los repliegues de la montaña, espectáculo el más agradable para mí, que no había disfrutado de él en tanto tiempo, sin contar que aquello nos ofrecía manteca y leche en abundancia.

*
**

En cambio de esta ventaja, siempre recordaremos que aquel distrito es por excelencia el país de las tijeretas, ó gusanos de los oídos. En mi tienda se contaban por miles, en mi lecho había cente-

nares, y toda mi ropa se encontraba llena de estos insectos, que me corrían por el cuello y la cabeza. La plaga de langosta, las de piojos y pulgas no son nada comparadas con la de las tijeretas. Y no es porque piquen ó irriten la piel; pero su aspecto y su número tienen algo de repugnante y horrible, tanto, que sólo pensar en ello bastaría para volverse loco.

Además de las tijeretas, encontramos un gran número de hormigas blancas, cuya fuerza destructora es por demás espantosa: ropas, telas, servilletas, mantas y todo cuanto yo tenía, parecía próximo á desaparecer, y hasta temí que mientras dormía devorasen mi tienda.

Ibamos á separarnos por fin de los Vousagara, cuyo territorio se extiende desde el Makata al desierto de Marenga-Mkali, en una anchura de setenta y cinco millas geográficas y un largo de cerca de tres grados de latitud, según ya hemos visto; compónese de un grupo de montañas y de su base. La cadena se dirige de Sur á Norte, inclinándose á Este; su punto culminante debe hallarse á seis mil piés sobre el nivel del mar; el monte Kiboue, cerca del Kadetamara, se eleva á dos mil quinientos sobre el valle, y éste á dos mil sobre el Océano; pero en los alrededores del Ougombo hay cima que en nuestro concepto excede de mil quinientos piés por lo menos al monte Kiboué.

Los Vousagara son, pues, montañeses: de carácter violento é irascible en los distritos del Norte, donde han adquirido

las costumbres de los Vouahoumba, muéstranse de un carácter pacífico y de buenos sentimientos en los distritos del Sur. Los repetidos ataques que han sufrido de los Vouahehé, de los Vouasegouha y de los Vouagogo, son la causa principal de que se muestren recelosos con los extranjeros; pero cuando se les tranquiliza, dan á conocer la franqueza y amabilidad de su carácter.

En el Este es difícil distinguirlos de los Vouasegouha; más léjos se producen los signos característicos, siendo cada vez más marcados, sobre todo en pueblos de Mpouapoua, donde vimos por primera vez el cabello de sus habitantes dividido en largos bucles, de pequeñas bolas y moneditas, así como también de hilo de abalorios.

Un joven de Msagara, que llevaba el rostro cubierto por una ligera capa de ocre rojizo, una especie de calabacita pendiente de cada oreja, adornado el cabello con pedacitos de cobre amarillo, y que se distinguía sobre todo por su ancho pecho, brazos musculosos y piernas bien proporcionadas, nos pareció el bello ideal del africano de aquellos parages.

Además de las dos calabacitas de las orejas, que contenían la provisión de tabaco del individuo, aquel elegante africano llevaba como adorno algunos dijes de los más primitivos, como por ejemplo unos pedacitos de madera esculpida alrededor del cuello, un cuernecito de cabra, ó algun talisman consagrado por el mágico de la tribu, etc., etc.

CAPÍTULO SÉPTIMO.

ESTACIÓN DE KOUNYO.—AGUA DETESTABLE.—RESULTADO DESASTROSO.—EL DESIERTO.—LA FIEBRE.—LLEGADA AL DUGOGO.—ARDIENTE CURIOSIDAD.—TRIBUTO.—LOS VOUAGOGOS.—SU CARÁCTER.—SUS ARMAS.—TRAJE DE COMBATE.—VIVIENDAS.

EL 22 de Mayo se reunían en Kounyo, estación que se halla á tres horas y media de la de Mpouapoua, nuestras tres caravanas, la de Thani, la de Hamed, un árabe que había llegado la víspera, y la mia. El pueblo está resguardado por un espolón de la montaña contra los furiosos vientos que soplan de las pendientes vecinas; pero el agua es detestable, y á ella debe su nombre de Marenga-Mkali, ó sea agua amarga, la llanura desierta que separa al Ousagara del Ougogo. A pesar de su horrible sabor, los árabes, así como los indígenas, la beben sin repugnancia, sin temer nada de ella, pero no quieren que la tomen sus asnos, pues dicen que les sería fatal.

Como yo ignoraba ésto, dejé á mis animales beber á su gusto, como lo hacían siempre al fin de su marcha, pero el resultado fué desastroso: cinco días despues murieron los cinco mejores asnos, y ya no me quedaban sino cuatro.

De todos modos al salir de Kounyo era nuestra caravana en realidad imponente, pues iban cerca de cuatro cientos hombres, con fusiles, banderas, tambores y

trompas; oíanse gritos y cantos, y una espantosa baraunda, cual si todos hubieran querido aturdirse con el objeto de animarse, sabiendo que se iba á padecer mucho. La distancia de Kounyo al Ougogo es de treinta millas: en dos días de marcha no pudimos encontrar ni una gota de agua.

Durante el trayecto acometióme una fiebre devoradora, que me dejó casi reducido á la piel y á los huesos; me era imposible tenerme en pié, y fué preciso que me pusieran en una hamaca, donde quedé sumido en un profundo letargo. Por fortuna cesó la fiebre durante la noche; y al día siguiente hallábame ya á la cabeza de mis hombres á la hora de costumbre.

Poco á poco se aclaró la espesura; viéronse algunos espacios libres, pero el suelo era siempre desnudo. La yerba cubría las colinas; vimos despues bosques en las pendientes, y por último campos cultivados; habíamos llegado al Ougogo.

No era aquello lo que yo esperaba: habíame figurado que iba á encontrar una escarpada meseta, dominando el de-